

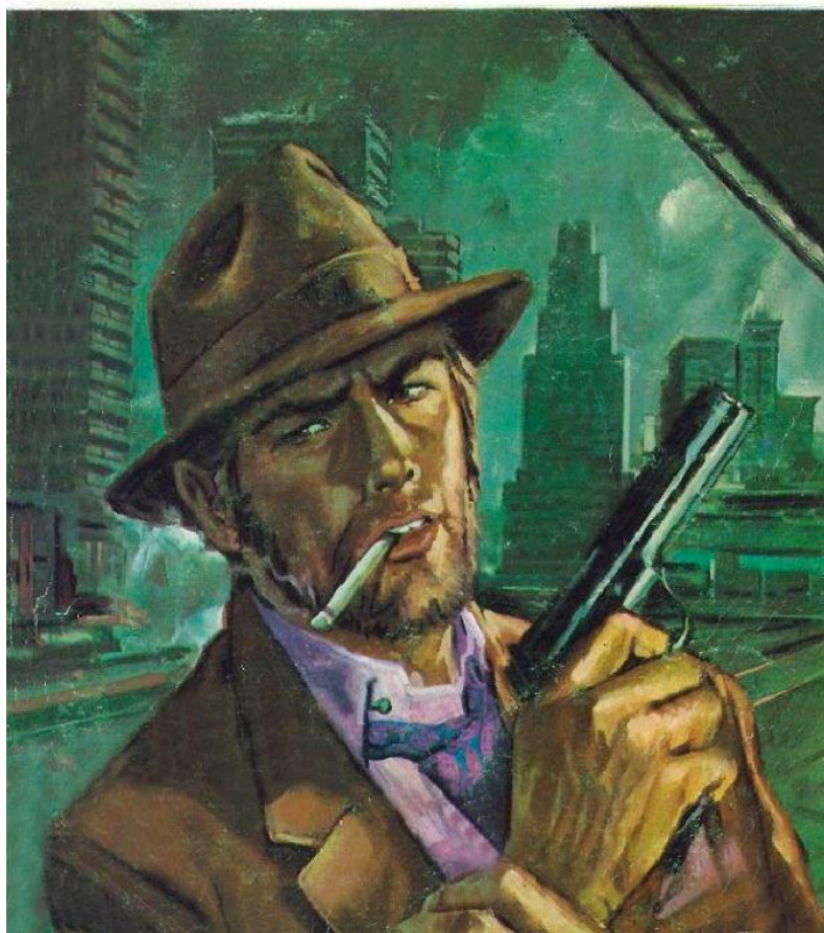
BOULEVARD BOLIGERA

PUNTO

ROJO

OSCURA ES LA CIUDAD

Curtis Garland



COLECCION

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

OSCURA EN LA CIUDAD

Colección **PUNTO ROJO** n.º 808
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 29.895 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1977

© Curtis Garland - 1977

texto

© Miguel García - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.405—Alguien llamado «X».

En Colección PUNTO ROJO:

800 — ¡Déjate matar, cariño!

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

PREFACIO

La ciudad, precisamente esa ciudad que da nombre a este relato, Center City, no existe. No la busquen en los mapas de los Estados Unidos, porque no aparecerá. Es una ciudad imaginaria, al borde de un río navegable que da al mar, una de esas ciudades medias norteamericanas, ni demasiado grande ni demasiado pequeña, industrial y próspera. Con sus miserias y sus grandezas, con su corrupción política y sus caciquismos.

Center City es una ciudad cualquiera. Puede ser la que el lector quiera que sea. Es mejor así, para evitar posibles coincidencias o alusiones. Y eludir suspicacias.

En esa ciudad inexistente, nuestro héroe —o antihéroe quizá— vive su historia. Una típica historia negra de su tiempo. Un mundo de posguerra, de violencia, de frustraciones y sueños rotos. Una generación en la que Humphrey Bogart, Gilda, Glenn Miller y la «novela negra» o el cine de Otto Preminger, Hathaway y Siodmak eran mitos indestructibles. Un tiempo duro y difícil, que creó una literatura propia de su época, encabezada por los Hammett, Miller, Chandler, Cain...

Quizá por ello esta historia, situada en ese tiempo y en esa geografía, trata de seguir los pasos de su momento. Hoy la gente vuelve a interesarse por esos duros y ásperos «cuarenta», con toda su mitología cinematográfica, literaria y humana. Tal vez esto complazca a algunos, haciéndoles conocer una época que no vivieron. Y a otros, como el autor, recrearles y hacerles recordar un tiempo que se fue. Que no era demasiado bueno, pero que tampoco resultó del todo malo.

Ojalá lo haya conseguido.

PRÓLOGO

Clankety-clanck, clankety-clanck, clankety-clanck...

Ya estaba allí el maldito elevado. Pasó como una trepidante oruga luminosa, frente a la ventana. Vi fugazmente las cabezas de la gente, tras las iluminadas ventanillas, despreocupadas por el oscuro panorama de la ciudad salpicada de luces y de luminosos, comerciales, pensando en su trabajo o en su regreso a casa.

Era el último de la noche. Siempre iba casi vacío. Su trepidación, sobre los soportes metálicos tendidos encima de las calles, me recordaba las inefables onomatopeyas de los *cómics* de Will Eisner o de Melvin J. Graff (*Respectivamente, los dibujantes y guionistas, a la vez, de los famosos cómics de la época, Spirit y Agente Secreto X9, reeditados hoy día con éxito en todos los países del mundo*), en sus viñetas magistrales.

Lo había visto cien veces, quizá muchas más, desde otra ventana diferente. Pero era el mismo tren elevado. El último hacia East Point. El de la madrugada, con sus escasos viajeros de regreso a casa, terminado el trabajo nocturno.

Esta vez era diferente. Muy diferente. Ni siquiera me hubiera fijado en el tren de madrugada, haciendo trepidar las vigas de hierro del tendido férreo sobre los puntos bajos de la ciudad, de no ser tan profundo, tan tenso, el silencio que me rodeaba. Que «nos» rodeaba, mejor dicho.

A mí y al cadáver.

Porque el hombre estaba muerto. Muerto, y bien muerto.

Alguien le había aplastado la cabeza con un objeto contundente. El objeto debía ser el que estaba a mis pies. Bastaba para matar a un hombre. Era una botella de metal, de acero cromado, para contener agua o cualquier otro líquido, por supuesto. Estaba abollada por un extremo. Tenía allí adheridos cabellos humanos y

sangre.

Me alejé de la ventana, mientras el tren elevado se perdía en la distancia. La habitación estaba a oscuras. Pero por la ventana, esporádicamente, penetraba la claridad roja y azul de un luminoso cercano, el de un club nocturno de mala nota, que parpadeaba con intermitencias.

Alguien había asesinado al hombre a quien yo había ido a ver en aquel apartamento barato de River Córner. Allí se cerraba el camino. Era como haberse metido en un callejón sin salida. Éste era el muro de ladrillos. Un muro de sangre y de muerte.

Otra vez la muerte. Otra vez en mi camino. No era la primera ocasión en que me ocurría algo así.

En una ocasión hubo otro hombre muerto a mis pies. Y esa vez fui yo quien terminó con su vida. Tuve que hacerlo. Nunca me sentí feliz por ello, pero tampoco sentí nunca remordimientos.

Aquel hombre mereció la muerte. La buscó. Me hubiera matado a mí, de no actuar yo antes. Pero eso fue difícil de explicar. Sobre todo a la policía. Y al fiscal del distrito. Estuve a punto de hundirme, de arruinarme para siempre e ir a parar a una celda de la Penitenciaría del Estado.

Creía haber olvidado el incidente. Pero no era así. Ahora, con aquel hombre muerto junto a mí, el pasado volvía con toda su tremenda significación. Me sentía confuso, aturdido.

Uno puede ser lo que yo soy, y sentir algo más que respeto ante la muerte, sobre todo si esa muerte se ha producido violentamente, de modo intencionado. Es decir, si esa muerte la ha producido alguien. Mi caso era distinto. Fue un homicidio justificado. Legítima defensa contra un rufián de la peor especie. «Esto»... era un asesinato a sangre fría.

Sorprendieron al hombre por la espalda. Le aplastaron el cráneo por detrás, sin que pudiera defenderse, tal vez sin que llegase a ver siquiera a su agresor...

Respiró hondo. El silencio se quebró de nuevo con un sonido agudo y desagradable, que me alarmó y preocupó. Un sonido que rasgaba la quietud cálida de la noche en Center City, aproximándose a mí, a la zona donde me hallaba.

Era la sirena de la policía. Un coche patrulla.

Contemplé al muerto una vez más. Miré a mi alrededor, el

destartalado y sucio apartamento. Tenía que salir de él, y lo antes posible. Era preciso huir de allí, antes de que la policía llegase al edificio.

Si me encontraban junto al hombre asesinado, les iba a ser demasiado fácil acusarme de este delito. Las cosas se habían complicado terriblemente en pocas horas. Echando la vista atrás, comprendía ahora la clase de jugarreta que el destino me había reservado, aunque no todo podía serle reprochado al destino. Hubiera sido demasiado fácil.

Alguien se ocultaba detrás de todo aquello. Alguien que había encontrado el modo de matar a cierta persona, y de disponer de un culpable ideal llamado Duke Shayne.

Y Duke Shayne soy yo.

Se me ocurrían varios nombres para responsabilizar a alguien de lo que sucedía. Pero no existía evidencia de que fuese concretamente uno de ellos. Lo cierto es que había sido la víctima cazada en el cepo montado ingeniosamente por alguien.

—Lo siento, amigo —dije al muerto, que por supuesto no iba a responderme nada, y le daría lo mismo que yo lo sintiera o no—. Debo irme de aquí cuanto antes. Pero intentaré descubrir quién hizo esto. Por mí... y un poco también por ti. No me gustan los asesinos. Nunca me gustaron.

Alcancé la salida. Miré al exterior. El rellano estaba totalmente vacío. Una luz mortecina brillaba por el hueco de la escalera. En medio de ésta, el enrejado del viejo ascensor chirriante, se reflejaba en la gastada alfombra y en el suelo de baldosas polvorientas, como un entramado laberíntico de hierros oxidados.

En alguna parte, cerca de allí, un tocadiscos emitía música de actualidad, perezosa y lenta. La identifiqué como *Gipsy*. Una voz melosa entonaba una de sus estrofas, sobre el fondo de piano y violín:

In a great caravan,
there is a *lady* they call Gipsy...

La sirena iba ahogando paulatinamente el sonido del disco. Estaba ya demasiado cerca. Mucho más cerca de lo que yo hubiese deseado por mi propio bien.

Tal vez no me sería posible salir de la casa por la puerta

principal. Miré hacia la ventana situada al fondo del rellano. Daba a un patio interior. Me asomé. Abajo, una amplia claraboya debía dar a algún almacén vecino. Hacia arriba, eran sólo visibles las estrellas, en una noche de verano húmeda y bochornosa, con olor a sulfuro en la atmósfera.

Resolví elegir esa salida. Utilicé los tubos de desagüe para escalar el muro, ya que lanzarme sobre la claraboya produciría una alarma general con el estrépito de vidrios rotos, y resultaría peligroso para mi integridad.

Alcancé la azotea, alejándome entre ropa tendida, chimeneas y respiraderos, en busca de otros terrados vecinos, por los cuales salir a otro punto de la calle. Cuando alcancé el asfalto callejero me hallaba a cuatro edificios de distancia del lugar donde un coche de la policía, haciendo girar la luz roja sobre el techo, se detenía, amortiguándose el sonido de la sirena.

Me apresuré a alejarme del lugar, enjugándome el sudor que empapaba mi rostro. No sólo transpiraba por el calor, estaba seguro. Encontré un taxi poco después, y subí a él, dándole una dirección. Cuando nos alejamos, nos cruzamos con otro coche patrulla que iba a reunirse con el primero.

Miré atrás. Me pregunté qué sucedería después del hallazgo del cadáver. Alguien había telefoneado para que me hallaran junto a él, evidentemente. No había que tener mucha imaginación para suponer que quien hizo esa llamada a la policía era el propio asesino.

Todo empezó una noche tan calurosa como ésta. Con un tren elevado pasando ante mis ojos, en otro lugar de aquella maldita ciudad...

PRIMERA PARTE

ANTES DEL PROLOGO

CAPÍTULO PRIMERO

Clankety-clanck, clankety-clanck, clankety-clanck...

El último tren. El de la medianoche. Justo ante mi ventana. Todo trepidó en mi oficina.

El elevado se perdió en la distancia, camino de los suburbios de East Point, y el silencio volvió a flotar en el barrio, virtualmente desierto a aquellas horas de la noche, con excepción de los clubs nocturnos y los bares.

Olvidé el tren ruidoso que hacía temblar mi oficina y todo lo que en ella había, y olvidé a la gente de mirada triste y rostro indiferente sentada en los vagones, de regreso a su casa, tras los trabajos nocturnos al otro lado de la ciudad.

Luego me quedé contemplando la carta desplegada ante mis ojos, bajo el foco de luz de la lámpara de mi mesa de trabajo. Tomé un trago del frasco de *whisky* y maldije entre dientes.

Era carta de Ivy. Una maldita carta de Ivy que me había puesto de mal humor. Ivy siempre lograba ponerme de mal humor, personalmente o por carta. Esta vez no podía ser una excepción.

Se negaba a concederme el divorcio. La muy puerca, alegaba una serie de razones legales para considerar que, si solicitaba ese divorcio, el juez no me lo concedería, por la sencilla razón de que tenía pruebas de que yo le había sido infiel un par de veces, como mínimo, mientras estuvimos casados.

Quizá era cierto, quizá no. Pero Ivy era muy lista cuando quería. Hacía tiempo que no vivíamos como marido y mujer cuando decidimos separarnos, al menos físicamente. No podía soportar ni un día más su desmedida afición al alcohol, sus estúpidas borracheras sin sentido.

Era una alcohólica, y hubiera podido probarlo entonces, obteniendo la separación legal. Fui un necio, y dejé pasar la ocasión. Ahora ella esgrimía argumentos para no concederme el

divorcio, y tenía la sartén por el mango. Evidentemente, no renunciaba a dos de sus grandes placeres: obtener la pensión que yo le pasaba cada mes, con hartó esfuerzo, y saber que me fastidiaba profundamente, haciéndome odiarla del modo más sincero posible.

Así era Ivy. Y por desgracia, así tenía que aceptarla, dadas las circunstancias. Estrujé la carta, iracundo, y la tiré a la papelera. Luego encendí un cigarrillo y contemplé, ceñudo, las luces callejeras, al otro lado de la ventana.

Tenía que haber una salida para esta situación, pero yo, francamente, no la hallaba. Y eso que se supone que un detective privado tiene imaginación para muchas cosas. Me gustaría ver a otro cualquiera en mi lugar, con aquel problema entre las manos.

Y pensar que un día, Ivy fue hermosa, dulce y apasionada...

Ahora consumía en beber y en destruirse a sí misma la mayor parte del dinero que yo le pasaba. De paso, intentaba destruirme a mí. Y quizá terminase por lograrlo.

Ahora mismo me estaba preguntando cómo podría hacerle el pago mensual, si no tenía un cochino dólar en mis bolsillos. Si le faltaba la asignación que concertamos entre ambos, en presencia de un abogado, aquel sucio leguleyo de Gary Gleason, ella podría denunciarme por falta de asistencia y enviarme a la cárcel. Y era muy capaz de hacerlo.

Suspiré, encogiéndome de hombros. Bien. Faltaban cuarenta y ocho horas para girarle el dinero. Ya encontraría una salida, la que fuese.

Me dispuse a abandonar la oficina. Después de todo, ningún cliente visitaría a un detective privado a las doce y media de la noche, para encargarle un caso. Era mejor retirarse a dormir, y abrir pronto al día siguiente, a la espera de algún asunto vulgar y rutinario, como eran casi todos los que me ocupaban.

Justo entonces, sonó el ronco timbre de la puerta.

Pestañeeé, preguntándome quién diablos se equivocaría de piso, aunque aquel feo y sórdido edificio de la parte baja de la ciudad, sólo albergaba oficinas comerciales en sus destartalladas plantas.

El timbrazo se repitió, y tuve que acudir a abrir. Observé que la escasa luz del rellano tenía que reflejar en la placa de mi puerta, con lo que la confusión del visitante resultaba más inexplicable todavía.

Abrí la puerta. La voz ronca susurró, como con timidez:

—Disculpe. ¿Duke Shayne?

—Sí —dije—. Soy yo.

—¿Detective privado?

—Eso es. Lo dice ahí.

—Creí que estaría cerrado ya.

—Tendría que estarlo. ¿Qué desea?

—Encargarle un asunto. Puedo volver mañana, si lo desea...

Pero es urgente.

—No importa. Pase. Estaba acabando de trabajar en unos asuntos —mentí.

Me hice a un lado. Mi cliente entró. Me rozó una vaharada de perfume. Gardenias, creo. Era lógico en una mujer. Y más en una mujer hermosa. Así era mi cliente.

Una espléndida rubia, vestida de oscuro, oliendo a gardenias, y con un caso para mí. Todo eso sucedía casi a la una de la madrugada. Me pregunté si sería posible tanta fortuna.

—Siéntese, por favor —le señalé las destartaladas sillas—. No es precisamente un despacho de Washington Avenue, pero últimamente las cosas no han ido demasiado bien, señorita...

—Señora —me rectificó ella—. Señora Freeman. Y no tiene que disculparse.

—Bien, señora Freeman. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Ya se lo dije. Tengo que encargarle un asunto. Urgente. Y confidencial, claro.

—Todos mis asuntos son confidenciales. Puede confiar en mí.

—Quiero que se haga cargo de ello inmediatamente. Que deje lo que sea. Pagaré por ello adecuadamente, no se preocupe.

—Bien, pero tengo otros asuntos pendientes, algunos también urgen a mis clientes y...

—Contrate a otro detective para que le ayude —me cortó ella, escueta. Abrió su bolso y puso frente a mí un fajo de billetes flamantes, aún con la banda de papel del banco ciñendo su delicioso tono verdoso—. Puedo pagarle bien. Y ahora mismo.

Tragué saliva. Creo que, pese a mis esfuerzos, debió notar el efecto que producía en mí aquella suma de dinero. Los billetes eran de veinte dólares. Debía de haber cien en el paquete. Dos mil dólares. No sé cuánto tiempo hacía que no veía una suma parecida,

salvo en las películas.

—Bueno, podría hacerse, pero... —fingí vacilar, con la sospecha de que ella estaba notando mi juego y se burlaba de él.

—Esto es sólo un anticipo, señor Shayne —me espetó—. Recibirá una suma doble de ésta cuando termine el caso.

—¿A quién debo matar? —bromeé.

—Por el contrario. Tiene que evitar que maten a alguien.

—¿A quién?

—A mí.

—A usted... —La miré, perplejo—. ¿Habla en serio?

—Completamente en serio —asintió solemne—. Por eso le pago bien. Pero no se trata de ser mi guardaespaldas, no tema. Usted no tiene que mezclarse en ninguna violencia. Sólo investigar. Es su trabajo, ¿no?

—Sí, es mi trabajo —asentí—. En principio, el asunto me interesa.

—Sabía que le interesaría. ¿Quiere conocer los detalles?

—Sí, por favor.

—No son muy amplios. No voy a aburrirle con mi relato. Le bastará saber que debe descubrir usted quién ha pagado a alguien para asesinarle.

—Un momento. ¿Está mezclado en esto el Sindicato?

—No lo creo —sonrió ella, pensativa, clavando sus ojos en mí—. Es algo privado. Un matón profesional, sin duda. Pero no es cosa del Sindicato. Alguien paga a un hombre para que él me mate, eso es todo.

—¿Y no sabe nada, no sospecha nada?

—Sospecho muchas cosas. Pero las sospechas no sirven para acusar a nadie. Hacen falta pruebas. Usted es quien debe obtenerlas.

—Empecemos por el principio... ¿Cómo sabe que quieren matarla?

—He visto a ese hombre siguiéndome. Sé que va armado. Hace calor, y lleva traje claro, de hilo. Se nota el bulto del arma en su axila. No soy tonta, señor Shayne.

—Podría ser un policía, otro detective...

—No lo es. El otro día noté que me empujaban en un cruce. Casi caigo bajo un camión y me arrolla. Me salvé de milagro. Miré atrás. No había nadie. Pero poco antes había estado el tipo que me sigue,

el del traje *beige*.

—¿Sólo eso? Pudo ser accidental...

—Hay una segunda ocasión. Una gran maceta cayó de una azotea, sobre mi cabeza. Un peatón me avisó casualmente, salté atrás... y la muerte se estrelló ante mí. Un paso adelante, y mi cabeza se hubiera hecho pedazos junto con la maceta. Miré a lo alto. Vi fugazmente desaparecer a un hombre de traje claro.

—Eso ya parece más grave, sí —admití, aún con reservas.

—Existe una tercera ocasión.

—¿Otra aún? —la contemplé pensativo.

Se parecía a Betty Grable, pero con facciones algo más enérgicas. Tenía unas piernas preciosas, que exhibía al cruzarlas con desenfado. Su boca era carnosa y sus brillantes ojos tenían un matiz agrisado. Era una hermosa hembra. Y tenía clase.

—Ésa fue la peor y más clara. Ya no pueden caber dudas. Me dispararon con silenciador. La bala astilló la madera junto a mi rostro, por escasas pulgadas. No vi a nadie en principio, pero oí lejanas pisadas a la carrera. Esto sucedía en mi residencia de verano, fuera de la ciudad, adonde había ido a pasar el fin de semana. Corrí a la terraza inferior de la casa, y llegué a ver un coche que arrancaba. El hombre que conducía, vestía de color *beige*.

—Parece significativo, sí. ¿Obtuvo esa bala?

—La tengo aquí —puso el proyectil sobre la mesa, junto al dinero, tras sacar del bolso un pañuelo, en cuyo interior iba la pieza de níquel deformada—. Creo que es una bala de calibre 38...

—Acertó —la miré, pensativo—. ¿Sabe mucho de armas?

—No mucho. Pero mi marido tiene una 38 en la casa, para protegernos de posibles riesgos. Es una 38. Comparé las balas, eso fue todo.

Era una mujer muy lista. Y su caso resultaba inquietante. Me moví en el asiento.

—¿Por qué no ha ido a la policía con su historia, señora Freeman? —observé.

—No quiero escándalos. Ni por mí, ni por mi marido. Nuestra posición no nos lo permite. Homer Freeman es alguien en Center City, ¿no es cierto?

Sacudí afirmativamente la cabeza, dominando mi sorpresa. Homer Freeman. Hombre muy rico. Y muy poderoso. Industrial y

políticamente hablando. Dueño de las factorías Freeman de Center City. Aspirante a alcalde de la ciudad y, tal vez, a senador por el Estado.

—Empiezo a entender —dije—. No quiere que esto trascienda.

—Eso es. Todo discreto. Y rápido.

—¿Sabe algo su esposo de todo esto?

—Nada en absoluto. No lo he hablado tampoco con él.

—Ya. Me dijo que tenía alguna sospecha... Aunque no sirvan de mucho, ¿puede exponerlas? Son cosas que siempre ayudan a hacerse uno una idea...

—No quiero mediatizarle ni hacerle ir por un camino equivocado, señor Shayne. Pero le diré que no me fío de nadie. Mi marido se presenta a las elecciones municipales. Hay gente que se opone a ello. Muchos temen que gane. Podría terminar con mucha de la corrupción reinante. Y harán lo que esté en su mano con tal de complicarle la candidatura. El escándalo sería un buen medio.

—¿Y su muerte, señora Freeman? ¿Resolvería algo a los enemigos políticos de su marido?

—Quizá —suspiró ella—. Soy su ayuda primordial en la campaña electoral. Colaboro con él, dirijo el movimiento femenino para las votantes, y formo parte de la propaganda que nos presenta como el típico matrimonio americano que puede comprender los problemas de los hogares ajenos. Pero creo que buscar mi asesinato es un recurso demasiado fuerte para que lo manejen a sangre fría los antagonistas de Homer en las elecciones municipales de Center City.

—¿Entonces...?

—No sé qué pensar. Está el cuarto poder de nuestro país...

—¿La prensa? —Sonreí.

—Eso es: la prensa. Los dos periódicos más importantes de Center City combaten a Homer y su candidatura, para apoyar la de Richard Scarpano. Esos periódicos, naturalmente, son el News y el Weekly. Un diario y un semanario, respectivamente, de gran tirada y mucha influencia.

—Y ambos propiedad de Ralph M. Clifford —señalé irónico—. ¿Es casualidad?

—No, no es casualidad. Clifford está unido a Scarpano en la campaña electoral. Y • a ambos les protege Hugh Foreman. Bonito

grupo, ¿no le parece?

—Ideal para que todo se pudra en esta cochina ciudad —suspiré, sacudiendo la cabeza—. Si es que no está apestando ya...

—Tal vez alguno de ellos piense que vale la pena matarme... o provocar un escándalo sensacionalista que arruine la carrera de Homer. Quiero evitar lo primero. Y, no deseo que suceda lo segundo. Por eso vine a usted. Le pago bien, ya lo ve. Puede pasarme también la cuenta de gastos. No pondré reparos a nada, siempre que haya resultados. ¿Cree que puede ocuparse del asunto?

—Me ocuparé —aseguré, echando mano al fajo de billetes—. Confíe en mí.

—No tengo otro remedio —sonrió ella, empezando a incorporarse—. Tal vez sólo intentan asustarme, pero lo hacen con mucha eficacia. En tres ocasiones, la muerte me rozó tan de cerca, que casi noté su helado aliento.

—No soy Superman, señora Freeman. Pero intentaré evitar que esos hechos se repitan.

—¿Y si se repiten, a pesar de todo?

—Procuraré que no se salgan con la suya. Y cazaré al tipo del traje *beige*.

—Así lo espero y lo deseo. Si pone todo en claro sin escándalos... no lo lamentaré. Me gusta ser generosa con quien me sirve bien, señor Shayne. —Ya puesta en pie, me tendió su mano. Hice acción de besarla respetuoso. Le oí murmurar—: Cómprese una camisa nueva, una corbata y un traje que le sienta bien. Seguro que parecerá un galán de Hollywood. ¿Le han dicho que es bastante atractivo?

—Sí, algunas veces —admití, irónico.

—Y supongo que serían chicas...

—Claro —reí—. Pero ninguna era como usted, señora Freeman. Gracias por el cumplido.

—No lo es —se quedó mirándome y me tocó el cuello de mi gastada y vieja camisa. Luego, la punta de sus dedos llegó hasta mis labios, no sé si por puro azar—. Es usted guapo. Muy guapo, señor Shayne. Me gusta. Pero sólo es un hombre a mi servicio, recuerde. Un profesional contratado para un trabajo.

—Yo nunca olvido esas cosas —repliqué, algo seco.

—Hace bien —sonrió maliciosa—. Porque yo, a veces, suelo

olvidarlo.

Esta vez no fue por azar. Se inclinó hacia mí y me besó. En la boca. Yo procuré devolverle el beso, pero de un modo fugaz. Apenas oprimí sus labios húmedos y carnosos, y la punta de su lengua tocó la mía, la aparté con suave firmeza.

Mis ojos debían de ser bastante fríos cuando le señalé, sujetándola firmemente por los hombros:

—Está bien así, señora Freeman. Buenas noches. Recuerde: soy su empleado. Sólo eso...

—Sí, claro. —Apretó los labios, pareció furiosa por un momento, respirando fuerte, pero terminó por sonreír, y afirmó despacio—: Hasta pronto, señor Shayne. Espero noticias tuyas lo antes posible. Aquí tiene mi tarjeta. Lleva el teléfono que figura en la guía... y otro escrito a mano. Ése no está en la guía. Es estrictamente privado, para Homer y para mí.

—Entiendo —tomé la pequeña cartulina rectangular que me tendía—. ¿Su esposo sabe, tal vez...?

—No, no lo sabe —negó rápida—. Le causaría graves preocupaciones, y su campaña electoral necesita de toda su atención. Pero me pasaron la comunicación diciendo simplemente que es Duke Shayne y quiere hablar conmigo. Es todo. Adiós.

Se fue. Me quedé solo en mi oficina, pensando en que mi suerte había cambiado de repente. Poco antes no tenía un dólar. De repente, disponía de dos mil en flamantes billetes del Tesoro, y había la promesa de obtener bastante más, si resolvía el difícil caso de la señora Freeman.

Pero ¿lo resolvería?

Era difícil, ya lo sabía entonces. Lo que ignoraba es lo que iba a suceder no tardando mucho. De haberlo sabido, creo que hubiera quemado aquellos billetes o hubiese rechazado el asunto de plano. A veces, más vale morir de hambre que de cualquier otro modo.

Sobre todo, del modo en que yo podía morir cuando las cosas llegaron a su clímax.

CAPÍTULO II

Era un maldito y sucio cerdo. Una escoria humana que detentaba el título de abogado por no poner el título de «asqueroso picapleitos» sobre sus tarjetas de visita y la placa de su despacho.

Ahora estaba frente a mí, mirándome con una torcida sonrisa malévola. Sus palabras escapaban de sus labios mezcladas con salivazos. Era su modo de hablar y yo no tenía paraguas a mano para cubrirme.

—Amigo Shayne, mi cliente va a meterle en un buen lío el día menos pensado, cuando vuelva a demorarse en su paga mensual. Es un acuerdo amistoso, pero con fuerza legal suficiente para que un juez le envíe a prisión por no pagarle puntualmente.

—Lo siento, Gleason —le repliqué—. He pasado un; mala racha...

—Oh, sí, siempre dicen lo mismo. Los maridos siempre buscan excusas para no pagar —soltó una risotada; que me hizo sentir los más vivos deseos de romperle hasta el último diente—. Pero la señora Shayne no está dispuesta a esperar más. O paga antes de mañana a las ocho de la mañana, o presentará una demanda contra usted, por abandono de familia. ¿De modo que usted es el que quería divorciarse?, y ni siquiera puede pasarle a su mujer los doscientos miserable dólares que cada mes hemos fijado de mutuo acuerdo. Amigo, la señora Shayne podría pedir, en una demanda de divorcio, hasta tres mil dólares mensuales de pensión. ¿De dónde diablos los sacaría un triste detective del tres al cuarto como usted?

—¡Escuche, puerco! —Me enfurecí, pegando un salto hacia él y aferrándole por las solapas airadamente, agitándole como una coctelera—. ¡Tengo los doscientos para pagarle ahora, y eso es todo lo que usted ha venido a buscar! Me da náuseas aguantarle, y no hay ley alguna que me permita soportar sus insultos. De modo que aquí tiene su dinero. Deme el recibo correspondiente... ¡y fuera de

aquí en seguida!

Le tiré los billetes a la cara. Gleason los recogió apuradamente, me miró asustado, y dejó sobre la mesa el recibo firmado por él y por Ivy. Le llevé hacia la salida a viva fuerza y, por el camino, cometió su último error.

—Ya basta, Shayne, ya basta —farfulló—. No sabe lo que está haciendo. No puede abusar de mí de este modo. Puedo denunciarle por malos tratos... Recuerde que nadie, ni siquiera la policía o el fiscal del distrito, le tienen simpatía alguna, maldito bastardo. ¿O es que ha olvidado ya cómo causó la muerte a aquel hombre, a Walter Koenig, cuando estuvieron a punto de quitarle su licencia y encarcelarle, maldito sea?

Nunca debió decirlo. Aquel vertedero de basura colmó mi paciencia. Le aferré de nuevo, con fuerza, y le estrellé el puño en su sucia boca. No sólo le hice callar sino que le rompí unos cuantos dientes, y le vi sangrar copiosamente entre los labios.

Luego lo arrojé dando trompicones fuera de mi apartamento, y cerré de golpe la puerta, sintiéndome bastante mejor que antes de mi desahogo.

A Gary Gleason iba a costarle algo de dinero y mucho de dolor reparar su boca, tal como había quedado ahora. Posiblemente me presentara una demanda. Me encogí de hombros. ¿Qué más daba ya? Era un tipo metido siempre en líos. Me había ocurrido así desde que me licenciaron. El regreso del frente siempre es mala cosa. Cambiar el uniforme de vencedor por las ropas de paisano habituales, derriba muchos mitos y leyendas. No hay héroes en las calles de las ciudades. Tampoco en las guerras, pero eso se puede falsear mejor. Se inventan gestas heroicas y páginas gloriosas, a base de escenas de dolor, de sangre, de fuego, de lágrimas y de muerte.

Uno acaba por creer de veras que es un héroe. Luego llega la paz, la vida se normaliza y se ve el cartón piedra de todo, la falsedad de las doradas mentiras y el embuste de la propaganda bélica. Siempre es igual.

Mis medallas y mis galones de teniente me sirvieron de muy poco en la vida civil. La ciudad y sus calles no se parecían en nada a los servicios en la Marina. Aquí no había japoneses o nazis a quienes freír a balazos para ganarse la chatarra. No, nada de eso.

Había que vivir aquí a mordiscos. En la peor de las junglas. No las de Birmania o las de Malaca, sino las de asfalto. Negro y feo asfalto, luces y ruidos, música y mentiras, prisa y frustraciones. Pero ésa era la vida. La de siempre. La de antes y la de ahora. La gran mentira del heroísmo marcial quedaba atrás definitivamente, para bien o para mal.

Así había sido todo. Incluso la boda con Ivy. El retorno al hogar hubiera sido un bonito final feliz para una película con Dana Andrews y Diana Durbin, pongamos por caso. Pero la vida no tiene nunca un final, ni feliz ni desgraciado. La vida sigue siempre, quieran o no los guionistas de Hollywood. La frase *The End* no apareció con música de violines sobre la escena en que Ivy y yo nos besamos, cuando volví con la licencia en el bolsillo.

La película de nuestra vida siguió, desgraciadamente. Y ella resultó ser lo que era, lo que yo nunca había sabido mientras estuve ausente en los frentes de batalla: una alcohólica, egoísta y absurda, sin amor a nada ni a nadie, salvo a sí misma y a la botella de *brandy*.

Tampoco al separarnos ocurrió nada. La película seguía siempre, y resultaba aburrida. Me hice detective privado, como pude haberme hecho fontanero o acomodador. Había quien decía que mi físico, duro y viril hubiese gustado a los cazatalentos de Hollywood, pero todo eso me sonó a música celestial. Es muy duro triunfar en Hollywood, aunque uno sea el doble exacto de Humphrey Bogart o de Alan Ladd. No quise probar fortuna y me quedé en Center City. Realmente, admito que soy un tipo duro. Pero con eso no se hace fortuna. Quizá me sirviera para ser investigador privado. De momento, no era así tampoco. Otro fracaso más.

Y, de repente, un caso importante. Dos mil dólares de pago inicial. Luego, una suma doble a aquélla, para terminar. Valía la pena. Ayudaría a la señora Freeman en la búsqueda de su misterioso perseguidor del traje claro y las malas intenciones.

En cuanto a Ivy y a su sucio abogadillo Gleason, mejor no pensar en ellos. Procuré olvidar a ambos, apenas tuve la satisfacción de romperle los dientes al picapleitos. Me concentré en el caso Freeman.

Una hora más tarde, había otros seis cigarrillos en el cenicero, y varios dedos menos de *whisky* en la botella de mi apartamento. Y

yo tenía hecho un bosquejo sobre Homer Freeman, el político y rico industrial, y su esposa Coreen Freeman. Y sobre sus principales enemigos en la ciudad, que eran bastantes, y muy poderosos por añadidura.

En la lista de amigos, sólo había encontrado uno, y lo era solamente de Homer Freeman, que se supiera. Se trataba de su mejor colaborador en la campaña, y amigo personal del candidato a la alcaldía de Center City, Ray Zimbalist.

Los enemigos en cambio eran numerosos, encabezados por gente como Richard Scarpano, el candidato adversario, Ralph M. Clifford, editor y propietario del *Center City News* y del *Weekly Sketch*, ambos contrarios a la campaña de Freeman. Hugh Foreman, el hombre más rico y poderoso de Center City, propietario de una cadena de alimentación, otra de locales nocturnos y muy metido en la política junto al actual alcalde, que no se presentaba a la reelección porque sabía que iba a ser derrotado a causa de la actual corrupción local, era el tercer gran enemigo de los Freeman.

El panorama no era nada alentador. Cualquiera de aquellos tipos tenía poder sobrado y suficiente escasez de escrúpulos para dirigir contra el matrimonio la peor de las confabulaciones, si ello era necesario.

Naturalmente, el hombre del traje claro sería un asalariado, un simple esbirro manejado por alguien desde la sombra. Pero ¿con qué intención? ¿La de matar o, simplemente, la de asustar a su víctima?

Me parecía raro que un experto pudiera fallar por tres veces en un atentado, aun teniendo en cuenta posibles factores imprevisibles. Además, estaba el detalle de su indumentaria. Incluso siendo verano —y era un caluroso, húmedo y sofocante verano aquel que estábamos disfrutando en Center City—, podía vestir de gris, de marrón o de cualquier otro color menos visible que el *beige*, para pasar desapercibido entre los demás.

Es como si se pretendiera que la atractiva e inteligente señora Freeman, directa colaboradora de su marido en la campaña electoral, supiese perfectamente que era seguida, vigilada... y que corría peligro. Un peligro de muerte.

Ésas eran las conclusiones a que llegué, tras el examen riguroso de la situación, y pensé que ya era hora de dormir un poco,

recuperar fuerzas e iniciar al día siguiente mi tarea de un modo directo y eficaz, vigilando de cerca a la señora Freeman, para así encontrarme, a la primera ocasión, con el hombre del traje claro.

Y eso es lo que hice.

La residencia de los Freeman estaba, lógicamente, situada en la mejor zona de la ciudad. No podía ser de otro modo. Ellos eran gente rica e importante. Siempre son así las personas que se presentan a las elecciones, por muy democráticas que éstas sean. ¿Ustedes han visto ganar alguna vez un cargo público a un hombre pobre o de vida humilde?

Homer Freeman y su esposa ocupaban uno de los más bellos edificios ajardinados de Park Hill, al norte de la ciudad. Era la zona residencial, sobre las suaves colinas situadas en el lado opuesto al río, los embarcaderos industriales, las factorías y los suburbios. Allí todo era verdor, vegetación, césped bien cuidado, arboledas y senderos de grava, alternando con las vías asfaltadas de las carreteras secundarias que iban a confluir en la general del Estado.

Era una construcción de ladrillos rojos, con tejado de pizarra gris y bien cuidados jardines, en la parte alta de las colinas próximas a la ciudad. Las altas verjas eran como un muro de seguridad para el político y su vida privada. Además, observé algo muy lógico en tales circunstancias: varios hombres paseaban por los jardines, con aire aparentemente distraído.

Guardaespaldas. Gente armada, dispuesta a proteger al candidato de cualquier posible peligro. Lo político no sólo encierra sus riesgos en las urnas, después de todo. Fuera de ellas acechan otros, sobre todo cuando en una ciudad hay corrupción. Y en Center City la había. Como en muchas otras ciudades de nuestra amada democracia americana, qué diablos. Los políticos elegidos no siempre son los mejores. No siempre cumplen lo que prometen en sus campañas electorales. Y Center City distaba mucho de ser una excepción a la triste regla.

Habíamos elegido a Josuah Brabham para alcalde de la ciudad. Yo no, que conste. Voté por un pobre diablo, Martin Scott, que apenas si obtuvo un diez por ciento de los votos... Era honrado. Pero perdió. Ser honrado es algo que nuestra sociedad actual difícilmente perdona.

Por contra, salió Brabham como alcalde de Center City. Era una

rata. Se vendía al mejor postor, como cualquier buen alcalde que se precie. Claro que ahora nadie iba a votarle otra vez, después del feo asunto de las Inmobiliarias Randall o los terrenos edificables de la Foreman Company. De modo que la gente no le daría un solo voto. Él lo sabía, y se retiraba de la circulación.

Pero allí estaban sus dignos continuadores, tan corruptos o más que el propio Brabham. Ellos eran Richard Scarpano y sus colaboradores más directos, el editor de prensa Ralph M. Clifford, y el industrial y financiero Hugh Foreman, que ya tuvo un oscuro papel en el turbio caso de los terrenos edificables que sólo poco antes de salir elegido Brabham eran zona verde... y supusieron un beneficio de varios millones para las empresas Foreman. En fin, todo muy honesto y limpio.

Di un par de vueltas en torno a la casa de ladrillos rojos. Parecía difícil que nadie, desde el exterior, llegase fácilmente hasta cualquiera de los ocupantes de la casa. Pero la señora Freeman decía lo contrario. Y había aducido pruebas muy concretas al respecto: dos intentos de asesinato disfrazados de accidente. Y un tercero sin disfraz alguno. Un disparo de pistola con silenciador. Una bala del 38, aplastada, que ya obraba en mi poder.

No vi el menor rastro de un hombre de traje claro. Hubiera sido demasiada fortuna. No esperaba un éxito tan rápido en mi tarea. Hubiese significado algo así como tener una varita mágica y un hada madrina detrás de mis pasos, y esas cosas no ocurren ya en el mundo. Si es que ocurrieron alguna vez...

Conté hasta cuatro hombres. Eran los guardianes del jardín. Iban de un lado para otro, como si no tuvieran otra ocupación que pasear a la luz del sol matinal, apaciblemente.

No me interesaba ninguno de ellos. No vestían de *beige*, a pesar del buen tiempo. Eso, suponiendo que el tipo siguiera utilizando un traje de ese color, como si fuese un anuncio viviente, que fuese pregonando a los cuatro vientos: «Yo soy el tipo que sigue a la señora Freeman. Yo puedo ser el que trató de matarla tres veces».

Recorrí los alrededores como si fuese un desocupado que buscase un rato de asueto en la deliciosa mañana, entre árboles, vegetación y trinos de pájaros. Pero mis ojos no perdían detalle en torno mío, tratando de descubrir algo anormal o inquietante en torno a la casa de los Freeman.

No lo había. O al menos, yo no era capaz de verlo por el momento. Resultaba decepcionante en cierto modo, aunque yo no había tenido esperanzas de llegar demasiado lejos en mis primeros pasos.

Y, sin embargo, a veces hay milagros. Como en las películas de Hollywood. O como en los cuentos de hadas en los que nunca creí.

Ése fue mi caso en aquel momento. Hubo un milagro. Un pequeño milagro, pero milagro al fin y al cabo.

Vi de pronto al hombre de *beige*.

Fue pura casualidad. Por eso hablé de cosas milagrosas. Creo que si no llego a girar la cabeza en aquella dirección, nunca hubiera llegado a verle. Pensándolo con más calma, debo admitir también que, si no es por el trasero de la chica, tampoco hubiera mirado en esa dirección. Pero cualquier hombre miraría un trasero así. Yo no he pretendido nunca ser una excepción.

El trasero de la chica era algo increíble. No por su volumen, sino por su estructura y sus movimientos. Pasó por la carretera pedaleando sobre una bicicleta, ladera abajo, hacia el verde valle. Casi en pie sobre los pedales, cimbreado su cintura... y dando un vaivén turbador a sus nalgas, bien marcadas por el breve *short* blanco, ceñido a sus curvas de un modo endiablado.

Silbé entre dientes, admirado. Ella giró la cabeza y sonrió. Era rubia, joven y llamativa. Un suéter sin mangas, de punto, con el cuello alto, se ceñía a su cuerpo siluetando unos pechos que tampoco eran ninguna tontería.

Le guiñé un ojo, mientras ella daba una ondulación más agresiva a su trasero y se alejaba de mí. La seguía con la mirada.

Y vi al hombre del traje *beige*.

El también me vio a mí. Naturalmente, no se preocupó demasiado. No tenía por qué.

Estaba asomado a la ventana de un pequeño *bungalow* de una sola planta, perteneciente a un agrupamiento turístico llamado Los Verdes Acres. Miré su gran cartel anunciador de la urbanización. Quizá era simple casualidad, pero la empresa propietaria era la Foreman Incorporated.

De todos modos, el hombre del traje claro fingió perder todo interés por el paisaje —y quizá también por la rubia de las nalgas prominentes—, para bostezar, desperezarse sin prisas y retirarse

dentro del *bungalow*, entornando los postigos de su ventana. Todo muy natural, con absoluta normalidad. Pero evidentemente, no quería dejarse ver en exceso.

Me aproximé lentamente a la casa, como pasando. No cometí el error de detenerme. Pasé ante ella de largo, indiferente por completo a la misma. En cambio, fingí interesarme mucho por otros dos edificios colindantes, que mostraban su cartel de «en venta». Para informes y pago con facilidades, figuraba allí la Inmobiliaria y Financiera Foreman, asociada a Créditos Randall. En suma: una empresa en la que entraban todos los chanchullos de Center City.

Giré la cabeza con aire indiferente cuando zumbó a mi espalda el motor de un coche. Un descapotable color azul claro salía rápidamente del *bungalow* vecino, ocupado por el hombre del traje claro. Y naturalmente, éste iba al volante, con unas gafas de sol y un sombrero Panamá, más claro que su indumentaria, cubriéndole la cabeza.

Salió a la carretera, viró hacia la derecha y se alejó, a considerable velocidad, camino del centro urbano. Le perdí de vista. Luego dirigí mis ojos a la fachada del edificio. No parecía quedar nadie en la casa, pero de eso nunca se podía estar absolutamente seguro.

Existía un modo de enterarse. Y lo utilicé.

Fui a la puerta de la valla que circundaba la zona ajardinada. Pulsé un llamador. Esperé, antes de repetir dos veces más la llamada, con idéntico resultado negativo. Abrí el pestillo de la puerta y me adentré por el sendero de grava, resueltamente. Alcancé el porche e insistí, oprimiendo un timbre que oí resonar dentro de la casa.

Nadie acudió a abrir tampoco esta vez. Era suficiente para persuadirme de que no había nadie dentro. Miré a la carretera, donde ya no se veía ni siquiera a lo lejos el coche del hombre del traje claro. Era una medida de simple precaución. Giré en la cerradura una ganzúa de mi juego de llaves maestras para ocasiones semejantes. El mecanismo no se resistió demasiado. A los dos minutos, tenía franqueado el acceso a la vivienda.

Me adentré en ella resueltamente. Cerré tras de mí la puerta y comencé la revisión del *bungalow*, pieza por pieza.

Era una vivienda tipo estándar, compuesta de tres habitaciones,

cuarto de baño, otro de aseo, cocina y sala de estar, así como una terraza posterior y el jardincillo delantero. Nada de particular, y endeble como todo lo que se hace en serie. La inmobiliaria del poderoso caballero Foreman debía enriquecerse notablemente con aquel negocio. El precio de tales *bungalows* triplicaba el que lógicamente hubiera debido costar.

No encontré gran cosa. Unos cuantos trajes, todos ellos claros y veraniegos, ropa interior, un libro de cuentos policíacos, revistas ilustradas, la mayoría de ellas con muchachas semidesnudas, o con la desnudez que permitía el puritanismo censor en publicaciones como *Beauty Parade* o *Glamour Girls*. Eso sí, todas con tacones muy altos, medias oscuras de costura y todo lo que podía realzar el poder erótico de las modelos.

Aparte de eso, poca cosa más que pudiera presentarme al hombre de *beige* como un peligro público o poco menos, salvo su interés evidente, compartido por las chicas en cueros, por la política. Había numerosos periódicos con artículos sobre las elecciones, remarcados en lápiz rojo. Especialmente, las crónicas relativas a Homer Freeman. Podía ser significativo.

Luego, descubrí su provisión de tabaco en una gaveta. Debía de ser un fumador sempiterno. Tenía allí al menos tres cartones completos de cigarrillos *Camel*. Y muchas carteritas de fósforos de publicidad. La mayoría, de la Inmobiliaria Foreman.

Pero le seguía en importancia el lote de carteritas de fósforos de cartón rojo brillante, con un nombre en letras doradas: Club 313.

—Club 313... —dije en voz alta, dando vueltas a una de aquellas carteritas de fósforos propagandísticos—. Creo recordar que es uno de los tugurios de la cadena de *night-clubs* de Hugh Foreman... Y no de los mejores.

Retuve le carterita en mi mano. Había al menos dos docenas de ellas en el cajón, junto a los paquetes de tabaco. Quizá se las dieron en la Inmobiliaria, al alquilar o comprar el *bungalow*. O quizá no.

Quise creer que no.

Y me decidí a salir del *bungalow*, donde no había armas de fuego, ni evidencias de intenciones violentas, ni proyectiles, ni tan siquiera el menor indicio que relacionase al tipo de *beige* con los políticos locales o con el Sindicato del Crimen, pongamos por caso.

En los alrededores de la residencia Freeman no parecía haber

nada por hacer en aquellos momentos. Ya tenían suficiente protección con los hombres armados que el joven político había contratado para proteger su mansión.

Me alejé de allí. No había perdido el tiempo, después de todo. Si mi corazonada resultaba bien, quizá encontrase de nuevo al misterioso caballero de *beige* —era curioso, pero en ningún lugar de la casa hallé nada que me lo identificase con nombre o con cualquier otro dato concreto— y ese encuentro pudiera ser en el Club 313.

Esa misma noche visité el Club 313.

Inicialmente, no vi allí a ningún hombre de *beige*. Pero no lo consideré un fracaso, porque ello me permitió, cuando menos, conocer a Sheila Scott, o Satin Scott, como anunciaban las carteleras del local.

Y eso sólo ya merecía la pena del tiempo perdido en ir hasta allá.

CAPÍTULO III

Satin Scott era una especie de cartucho de dinamita al desnudo.

Y nunca mejor empleada la palabra. Al desnudo era como había que verla. Porque ella no hacía nada además por impedirlo. Al desnudo podíamos verla todos los que tomábamos una consumición en el Club 313 de City Circus.

City Circus era una zona céntrica de la ciudad, pero no tenía buena fama. Había demasiados teatrillos y garitos en la zona, para que la gente considerada honorable pusiera sus pies allí... salvo cuando el marido iba solo y quería olvidar a la esposa contemplando a otras mujeres diametralmente opuestas. Allí las había. De todos los colores y dimensiones. Sobre todo, dimensiones.

Satin Scott no era un fenómeno como las opulentas damas de otros *burlesques* más depravados, donde uno podía ver desde el trasero más voluminoso hasta los senos más increíblemente desarrollados para placer de los obsesos sexuales. El Club 313, dentro de lo que cabe, era un sitio más selecto que todo eso. Y Satin Scott estaba a tono con el lugar.

No parecía precisamente la Primera Dama del País ni maldita la falta que le hacía. Era bastante fina para el lugar donde actuaba y para el trabajo que hacía, tenía un tipo esbelto y bien formado, sin exageraciones anatómicas, y su voz pastosa recordaba la de cualquier «estrella» del cine «negro» de Hollywood.

Tenía unos senos erectos y juveniles, unas caderas suaves y una piel aterciopelada. Pude comprobar todo eso cuando, al término de su canción, procedió al inevitable *strip-tease*, acogido con silbidos y aplausos por el público.

Bajo su vestido de noche, de satén verde intenso, emergieron unas formas dignas de ser mostradas al público, aunque ella lo hizo de un modo pudoroso, casi ingenuo, que todavía dio más gracia y atractivo a la exhibición.

Luego se retiró, en medio de la luz de un foco que se extinguía, y aplaudí con el mismo entusiasmo que todos los demás. La orquesta siguió tocando bailables y las parejas salieron a la pista.

Pedí otro *whisky* con soda y hielo, mientras escuchaba las notas suaves de *Too young to love*. Y pensé en la epidermis sonrosada del cuerpo de Satin Scott.

De pronto, a mi lado, alguien pidió:

—Ginger ale, James, por favor. Como siempre...

Giré un poco la cabeza. Había visto una manga color *beige* a mi lado. Por el espejo situado tras los anaqueles repletos de botellas de la barra del Club 313, vi ahora a mi hombre.

Era el tipo del traje claro.

Alto, moreno, delgado, pero evidentemente musculoso. El que yo viera en la ventana del *bungalow*. Vulgar, sin nada especial en su apariencia. Encontré su mirada fija en mí, a través del espejo.

Tengo una especial percepción para las armas de fuego. Aquel individuo iba armado. Llevaba un arma bajo su chaqueta. En su axila izquierda, naturalmente. Como cualquier profesional. Como yo mismo, aunque estuve a punto de perder mi licencia de armas y de detective privado cuando maté a Walter Koenig.

Claro que Koenig me hubiera matado a mí, de no anticiparme yo a sus intenciones. Pero eso no pude probarlo adecuadamente, y sólo mi buena estrella y cierta fe del teniente Elish Cook en mi honestidad, me evitaron el desastre. De todos modos, sabía que tenía un lunar negro en mi expediente personal desde aquella fecha en que me vi obligado a matar a aquel rufián violento y brutal. Cualquier otro paso en falso significaría mi ruina profesional. Y quizá incluso la cárcel.

Estaba pensando en todo ello mientras contemplaba a través del espejo a mi vecino de asiento en la barra del Club 313.

El tipo, repentinamente, se mostró agresivo.

—¿Qué pasa, amigo? ¿Tengo monos en la cara?

Me pilló por sorpresa. No esperaba tanta audacia en él. Era como ganarme una baza, y tomar la iniciativa. Parpadeé, dejando de mirarle a través del espejo, para contemplarle ahora cara a cara. Estábamos a menos de diez pulgadas uno de otro, en medio del ambiente de tamizada luz del local.

—No le miraba a usted —repliqué, algo seco, tratando de

recuperar parte del terreno perdido—. Me gusta contemplarme envíos espejos. Soy guapo, y me gusta comprobarlo. ¿Eso molesta a alguien, señor?

—Sí. A mí —se expresó rudamente—. No me gusta su cara. Pero aún me gusta menos que me miren como a un bicho raro, espiándome a través de los espejos...

—Ya le dije que no le espiaba. Después de todo, si me vio mirarle... es que usted también me miró, ¿no es cierto?

—No me interesa usted un pepino. No soy un afeminado, aunque usted posiblemente lo sea. Hay mucho marica suelto por ahí. Pero me molesta tenerlos cerca, ¿entiende?

Eso ya empezaba a ponerse feo. Me estaba insultando sin rodeos. El tipo no sólo era audaz, sino vio lento. Tenía muchos motivos para pasar inadvertido, pero no le gustaba el papel, y disfrutaba con alardear. No me caía nada bien. Ahora, me cayó peor.

—Seguro que le entiendo —reí agresivamente entre dientes—. A mí me sucede lo mismo. De modo que será mejor que me aparte de usted. Y de prisa. No quisiera tenerle que romper esa sucia cara que Dios le dio.

Era el momento de ponerse también violento, y no perdí la ocasión. El individuo del traje claro pareció saltar como disparado por varios resortes ocultos, apenas me hube levantado yo de mi banqueta. Se puso en pie ante mí, cerrándome el paso. Me alargó las manos hasta la chaqueta y la aferró por las solapas, frenándose con rudeza.

—¡Alto ahí, bastardo! —Silabeó—. Va a aclararme esas palabras y a disculparse por ellas, amigo. O será usted quien lamentará este incidente...

No he soportado nunca los desafíos. Y menos aún que me cojan como me cogió aquel tipo. Una luz roja se encendió en mi cerebro. Luego, pasé a la acción.

Disparé hacia arriba mis brazos, con tal potencia que al golpear en sus muñecas le obligué a soltarme con rapidez, mientras soltaba un gruñido de dolor. Dio un paso atrás, tambaleante, y entonces le disparé un rodillazo al vientre.

Gimió, dolorido, y se inclinó instintivamente. Aproveché el momento para soltarle un mazazo en la nuca, que le derribó a mis pies como fulminado.

Le contemplé irritado mientras se agitaba débilmente sobre las baldosas del local. Alrededor nuestro, varios curiosos se arremolinaban, siguiendo la pelea. Unos camareros intentaban intervenir para evitar la escena en el establecimiento.

—El empezó a insultar —expliqué, estirando mis mangas con altivez—. Es una basura... Échenlo de aquí.

—El señor Nolan nunca se ha metido con nadie... —argumentó James, el barman, mirando perplejo al caído y contemplándome luego a mí con una mezcla de sorpresa y aturdimiento.

—Será mejor que se vayan de aquí los dos, señor —me aconsejó el encargado, acudiendo apurado a impedir que la clientela se diera cuenta de lo que sucedía—. No nos gustan esta clase de escenas. Éste es un local respetable y...

En ese momento el tipo de *beige*, a quien el barman había llamado Nolan, actuó de nuevo. Tuvo una idea desgraciada, de la que me di cuenta a tiempo. Había metido su mano bajo la chaqueta... y la extrajo armada con un revólver chato, calibre 38, negro y pavonado. Lo dirigió hacia mí, jurando entre dientes.

Tuve el tiempo justo de apartar al encargado sin contemplaciones y disparar mi pierna izquierda contra su mano armada. La puntera de mi zapato martilleó brutalmente sus dedos, y éstos se abrieron mientras profería un aullido, para dejar escapar el revólver, que rodó sordamente sobre el embaldosado.

—¡Maldito hijo de...! —rugió ásperamente, tratando de incorporarse y atacarme de nuevo.

Ahora hubiese podido romperle todos los dientes con otro puntapié, pero opté por empujarle con la rodilla, dándole un impacto seco en la frente, que sonó como si se rompiese un coco.

Cayó de espaldas otra vez, y ahora una nube de camareros se interpuso entre él y yo, en tanto el barman, el tal James, recogía el revólver de su cliente con cuidado y lo llevaba a la barra, quizá para evitar problemas más graves en el club.

—Por favor, salga de aquí inmediatamente, señor, o me verá obligado a llamar a la policía —me avisó el encargado, con sequedad.

—Está bien —alcé mis brazos, mirando agresivamente a los empleados de la casa—. Ya me voy de aquí, pero harán bien en no tener cierta clase de clientela. Ese tipo es un indeseable. Díganle

cuando se recupere, que no será la última vez que nos veremos.

Me encaminé dignamente a la salida. Estaba ya cerca de ella cuando una voz musitó cerca de mí, con tono suave:

—Tome, esto debe ser suyo. Se le cayó durante la pelea...

Me volví. Era ella. Pero vestida, cubriendo su desnudez maravillosa. Satin Scott. La seductora Sheila, con un pantalón ceñido y una blusa anudada sobre el estómago, dejando éste al descubierto, terso y suave.

Sus ojos me miraban con cierta picardía. Contemplé lo que empuñaba. No era mío, desde luego. Pero no lo dije. Me limité a tomar de sus dedos, largos y sensitivos, lo que ella me tendía.

Era una pequeña agenda de piel, abotonada con un broche dorado. Por supuesto no era mía, ni la había visto nunca. Y creí que ella lo sabía perfectamente, por el modo en que me miró al recogerla yo.

—Sí, gracias, Satin —dije simplemente, guardándola en mi bolsillo. Estudié sus grandes y profundos ojos claros, su boca carnosa, su gesto entre malicioso y astuto. Bajo la blusa, los senos eran dos provocativas formas que no necesitaban para nada de sujetador. Y, por supuesto, no parecía llevarlo—. Debí perderlo mientras luchaba con ese cerdo.

—Seguro —sonrió ella, enigmática, arqueando sus tinias cejas—. Me alegra haberle ayudado a que no lo perdiera. Puede ser importante.

—Lo es —asentí. La estudié, pensativo—. ¿Puede tomar una copa conmigo, Satin?

—Sí. Pero aquí no. No me gusta nunca quedarme donde trabajo. No me divierte.

—Estamos de acuerdo. Vamos a cualquier otro lado —dije—. Hay muchos en City Circus, y mejores que el Club 133. Además, no pertenecen a Hugh Foreman.

—Eso me tiene sin cuidado —se encogió ella de hombros—. El señor Foreman tiene poca relación conmigo. Le conocí al firmar el contrato para actuar en su club, y luego cuando me vio debutar y me felicitó. Eso fue todo. Parece un caballero. Pero yo nunca me fío de las apariencias.

—¿Se fía de mí? —Sonreí—. Cuando acepta tomar algo conmigo...

—He visto a ese hombre tres o cuatro veces —hizo un gesto con su cabeza, en dirección al lugar donde el tal Nolan era rodeado por varios camareros y clientes, y caminaba torpemente hacia el mostrador—. No me gustó. Es un libidinoso y un soez. No tiene clase. Ya era hora de que alguien le parase los pies. Aquí, al parecer, es persona grata al personal... Me gustó que le zurrara a fondo, amigo.

—Mi nombre es Shayne. Duke Shayne —me apresuré a decir, mientras salíamos ya ambos del local nocturno.

—Pues eso ha hecho que me cayera simpático usted, Shayne —comentó ella, ya en la calle, mientras miraba ceñuda al cielo que, sobre nosotros, se había cubierto inesperadamente de nubes oscuras—. Vaya... Seguro que lloverá pronto. Huele a humedad.

Tenía razón. El aire tenía ese peculiar olor sulfuroso que precede a la lluvia. El calor ahora resultaba bochornoso, húmedo.

—Podemos tomar un par de copas en el Stork —señalé—. No es el de Nueva York, pero puede pasar.

—Conforme —asintió, con gesto risueño—. Pero es un local bastante caro.

—Celebraremos juntos que alguien haya parado los pies a ese Nolan, como usted dijo —hice un ademán hacía mi coche, aparcado allí cerca—. Vamos, la llevaré yo, si no tiene inconveniente. No tengo precisamente, un «Cadillac» último modelo, pero funciona, y eso ya es algo.

Asintió, sonriente. Subimos a mi viejo trasto, sin que ella pronunciase palabra alguna mordaz sobre él. Eso hizo que simpatizase con ella un poco más todavía.

Nos alejamos del Club 313. Encendió un cigarrillo y me ofreció uno, que acepté. Ella misma me lo encendió con un encendedor de oro, con las iniciales S. S.

Fumé mientras conducía por las calles desiertas de Center City. En muchas paradas, y en algunos tabloneros de anuncios iluminados crudamente por las lámparas proyectadas sobre su estructura, aparecían grandes afiches publicitarios sobre los candidatos a las inmediatas elecciones, Richard Scarpano o Homer Freeman.

Las frases o *slogans* para convencer al electorado eran los de siempre, poco más o menos. Siempre me ha admirado la buena fe de las gentes, para tragarse todo lo que les endilgan los candidatos,

y terminar votando a uno u otro.

«¡Votar a Homer Freeman es votar a la honradez!».

«¡Homer Freeman es tu progreso, tu voz y tu futuro!».

«¡Vota a la justicia y a la prosperidad! ¡Vota a Scarpano!».

«¡Nunca más corrupción ni más injusticias con el voto a Scarpano!».

Y así hasta el infinito. Lo de siempre. Malditos fueran todos. El que fuese elegido, seguiría haciendo lo mismo que los que no lo fueran. Era la eterna historia de todas las elecciones. Dinero en danza, intereses económicos y politiquería por todas partes. Y el ciudadano en medio de todo ello, cómo única víctima.

—¿Por qué me dio esa agenda? —pregunté de repente, sin volverme a ella.

—¿Cómo? —Parpadeó Satin, y lo supe sin necesidad de mirarla—. ¿No dijo que era suya?

—Usted sabe muy bien que no lo es. Tiene las iniciales A. N., en las tapas. Las mías son D. S., como acaba de saber. Pese a ello, no mostró extrañeza ni me reclamó la agenda.

—¿Se fija siempre en todo? —suspiró Satin Scott.

—En «casi» todo —sonreí—. Es mi oficio. Soy detective privado.

—Entiendo —pasamos de largo ante unos edificios adquiridos por la Inmobiliaria Foreman. Las luces del alumbrado callejero daban aire fantasmal a las fachadas a medio derruir, en cuyos solares se alzarían nuevas viviendas, siempre más caras y más pequeñas. Era la especulación del suelo. El gran negocio de Foreman. El actual alcalde, Josuah Brabham, le ayudaba considerablemente en todo eso. Si Scarpano salía elegido, las cosas seguirían igual en Center City. Tras un silencio, ella prosiguió, mientras cruzábamos el puente sobre el curso del río, y dejábamos atrás la estación del elevado—: Ya le digo que Nolan no me cae bien. Pensé que si era suya esa agenda, podía interesarle su contenido. Más aún ahora, sabiendo que es usted detective privado. Yo siempre puedo decir que me equivoqué, que no advertí esas iniciales en las tapas, o que ignoraba su nombre.

—Una chica lista —reí de buena gana—. Debería meterse en

política.

—La detesto —suspiró ella—. Todos los políticos son unos granujas. Siempre juegan sucio.

—Estamos de acuerdo. Pero hay que votar por alguno, y confiar en que alguna vez haya alguien en el mundo que juegue limpio. Lo último que se pierde es la esperanza, Satin.

—Quizá. Pero yo la perdí hace tiempo —se encogió de hombros—. Me miró de soslayo. —Y no sólo en política, Shayne. En todos los terrenos de la vida.

—¿Tan poco confía en los demás? —me sorprendí.

—¿Poco? Eso sería algo. No confío nada. Ni en nadie.

—¿Hay razones para ser tan drástica?

—Sí, las hay.

La miré, pensativo, mientras esperaba el cambio de luz de un semáforo. Al aparecer la señal verde reanudé la marcha, haciendo un comentario:

—Una mujer joven, atractiva, que gusta al público, tiene un trabajo bien remunerado... y se muestra sin embargo amargada, escéptica, como si estuviera ya de vuelta de todo. ¿Por qué puede ser eso?

—Quizá por eso. Porque empiezo a estar de vuelta de todo. Es la ciudad, Shayne.

—¿La ciudad?

—Sí. Odio las ciudades. Detesto el asfalto, los edificios altos, los apartamentos, la vida urbana, los coches, el elevado, los tranvías, los autobuses... Lo detesto todo.

—Ésta no es una gran ciudad, al estilo de Nueva York o Los Ángeles, Satin —le hice notar, perplejo—. Center City tiene casi un aire provinciano...

—No diga tonterías. Center City es una ciudad, después de todo. Tiene más de doscientos mil habitantes. Y una vida industrial. Humo, fábricas, un río sucio, vertederos, *ferrys*...

—Todo eso forma parte de la vida de cualquier ciudad normal, Satin. ¿Qué tiene de odioso?

—Todo en sí. Para quien ha nacido en un pequeño lugar donde abunda el verdor, el aire limpio, la Naturaleza, los pequeños edificios aislados...

—Vaya... —La miró de soslayo, con sorpresa—. ¿Usted

también?

—También ¿qué? —Me miró a su vez—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Yo nací en un sitio semejante a ése —apunté—. Pero he procurado olvidarlo.

—Yo no puedo. Es tan diferente... Cuando me fui a las ciudades, era otra cosa. Pensaba que iba a triunfar, a llegar muy alto, que vería mi nombre en grandes carteles luminosos, sobre el edificio más elevado, tendría costosos abrigos de pieles, una finca rodeada de jardines, y conduciría un suntuoso «Cadillac» blanco, o quizá podría tener incluso chófer para conducirlo. Supongo que es el sueño de todas las chicas de pueblo, Shayne.

—No puede quejarse de su suerte. Canta usted bien, gusta al público, tiene su nombre en un luminoso de un club nocturno...

—¡El público! —Repitió ella con amargura—. ¿Qué público, Shayne? ¿Qué club nocturno? Basura. Eso es todo lo que me rodea: simple basura. Daría algo por volver un día a Greenville, y no salir de allí nunca más...

—¿Cómo? —Reduje la marcha, sobresaltado, volviéndome a ella con asombro—. ¿Greenville, al sur del Estado?

—Sí —me contestó risueña—. ¿Lo conoce?

—No. Pero yo nací muy cerca: en Southtown.

—¡Southtown! —Sus ojos brillaron excitados. Puso una mano en mi brazo, con repentino calor—. No es posible... Sólo a... a cincuenta millas de Greenville.

—Eso es —asentí riendo—. Por la carretera de Harley Farms...

—Ah, cielos, no es posible —también ella se echó a reír, apoyándose en mi hombro—. Aquí estamos dos personas que se encuentran en Center City, y resulta que son casi vecinas... ¿No es asombroso lo pequeño que resulta a veces el mundo?

—Pues sí, eso parece —afirmé, divertido—. Dos pueblerinos, unidos por el destino. Una con añoranzas de su pequeño lugar de nacimiento. El otro, que ha procurado olvidar su niñez feliz, y casi lo ha logrado, adaptándose a cualquier maldita ciudad donde pretendo echar raíces.

—¿Siempre estuvo aquí, en Center City, desde que abandonó Southtown?

—No, no siempre. Salí de allí y fui a otra ciudad. Entonces

estalló la guerra y me movilizaron. Serví en Infantería de Marina, primero en Europa y luego en el Pacífico. Tuve medallas y condecoraciones. Casi fui un héroe. Pero eso no sirve de mucho cuando vuelve la paz y uno regresa a la vida civil. Entonces me hice detective privado. Y así sigo.

—Ya. ¿Casado?

—Sí —la miré, tras doblar una esquina. Las luces del Stork aparecieron ante nosotros, llenando de claridad fluorescente la calle—. Pero separado. Soy libre como un pájaro. Al menos, mientras pase una cantidad mensual a mi mujer. A ella sólo le interesan dos cosas en este mundo: el dinero y el alcohol.

—¿Ve lo que le decía? —suspiró ella—. Eso es la ciudad. Todas las ciudades. Uno se va hundiendo paulatinamente en la bazofia que le rodea. El asfalto está sucio; Huele mal. La ciudad es oscura.

—Oscura... —Miré las luces radiantes, en aquella zona céntrica de la ciudad. Asentí despacio—. Sí, creo que sí. Tiene razón, Satin. Las luces no bastan a despejar esa oscuridad de las personas, de las pasiones, de las almas, de la vida misma, en sus suburbios o en sus barrios distinguidos... La ciudad es oscura. Mucho más de lo que parece.

Detuve el coche. Se paró el motor.

—¿Adónde vamos ahora? —quiso saber Satin.

—¿No habíamos quedado en bailar y tomar una copa? —me sorprendí.

—Sí, pero de repente he cambiado de idea. No quiero entrar en el Stork. ¿Por qué no tomamos esa copa y bailamos un poco en otro lugar?

—¿Dónde?

—En mi casa, por ejemplo —sonrió, invitadora—. Tengo bebidas, y un buen tocadiscos...

—¿Su casa? —Parpadeé, ante la imprevisible invitación—. ¿De veras va a admitirme allí?

—Estoy ofreciéndoselo, Shayne —confirmó.

—¿Cómo? —Reduje la marcha, sobresaltado, volviendo a poner en marcha el automóvil—. Dígame adonde ir, e iremos.

Me lo dijo. Poco después, estábamos en su apartamento.

Era pequeño, compuesto por una pequeña cocina, una sala de estar, un cuarto de aseo y un dormitorio. Se hallaba bastante

céntrico, carecía de lujos, pero resultaba confortable y acogedor, quizá porque ella le había logrado imprimir ese clima.

Ciertamente, tenía música y bebidas. Un mueble-bar iluminado, con tocadiscos, nos proveyó de buen *whisky bourbon*, hielo y soda. En el plato del pickup, comenzó a girar una grabación de Perry Como.

—¿Bailamos? —me invitó Satin Scott con una sonrisa de sus labios gordezuelos.

Bailamos.

Era agradable sentir junto a uno el cuerpo de Sheila. Sus curvas suaves, amoldándose a mi propio cuerpo. Mis manos en su cintura, las suyas en mis hombros. Sus ojos contemplándome de cerca, profundos y luminosos. Su boca entreabierta, dejando ver la nitidez de sus pequeños dientes, y a veces la puntita rosada de su lengua.

Siguió una canción en la voz de Sinatra. La entonación del crooner, la melodía de suaves violines al fondo, formaban un conjunto perfecto, en aquella sala de estar con luz tamizada, solos Satin y yo...

Nunca supe cómo sucedió. Lo cierto es que el disco se quedó girando en el plato del tocadiscos, emitiendo un zumbido persistente y monótono, al que nosotros no hicimos ningún caso.

Nuestros oídos estaban demasiado absortos en escuchar nuestros propios gemidos de placer. Nuestros sentidos, sumergidos en unos instantes de voluptuosa embriaguez. Nuestros cuerpos, fundidos en uno. Nuestros dedos, acariciándonos mutuamente.

No. No sé cómo ocurrió. Pero Satin era suave, cálida, como el tejido que vestía en sus actuaciones, como el apodo profesional que había adoptado. Su piel era suave satín rosado, que temblaba de pasión bajo mis dedos.

—Duke... —susurró—. Soy tuya...

Supe que era mía. Como yo era suyo...

Y en ese momento, es lo único que importaba realmente.

CAPÍTULO IV

—Archie Nolan —dije lentamente—. Es su nombre. Vive en Raven's

Bridge. Un mal lugar...

—¿No dice más?

—No, nada más. El *bungalow* que ocupa en otro lugar es, sin duda, un domicilio accidental. Esa rata vive donde le corresponde. El peor suburbio de la ciudad. Valdría la pena saber en qué se ocupa. Esta agenda está repleta de nombres, teléfonos, direcciones. Y no todos son hampones y rufianes de baja estofa. Hay políticos, policías, abogados, gente importante de Center City. ¿Qué clase de tipo será el muy...?

—¿No vas a decirme qué asunto es el que investigas? —me preguntó ella, coquetamente, sentándose en el brazo del sillón y ofreciéndome un vaso de *whisky* recién servido, en el que bailoteaban los cristalinos cubitos de hielo. Su bata de satén rosa se abrió a la altura de sus bien torneados muslos.

Los acaricié, pensativo, mientras respondía:

—Vale más que no lo sepas, querida. Es algo oscuro. Como la ciudad... Hay muchas cosas oscuras y retorcidas en Center City y en todas las ciudades. Sobre todo, cuando hay dinero y política por medio. La gente se corrompe. Se llega a la zancadilla, la traición... e incluso el crimen.

—El crimen... —ella entornó los ojos—. ¿Hay algún crimen por medio, Duke?

—No. Aún no. Pero puede haberlo, Sheila. Depende de muchas cosas. Y ese Nolan está mezclado en ello. Se cree muy seguro, muy fuerte. De otro modo, no alardearla tanto.

—Ya te dije que nunca me gustó, las veces que le vi en el Club 133.

—Ya —cerré la pequeña agenda y la guardé en mi bolsillo. Le

dirigí una mirada pensativa—. ¿Le viste alguna vez en compañía de Hugh Foreman?

—Dos o tres veces. Eran como encuentros casuales, en la barra o en la sala. Charlaban un rato y se despedían. Parecían conocerse bien.

—Lo suponía —medité en silencio, mientras mi mano se apoyaba en su muslo—. Sheila, ¿conoces a Richard Scarpano?

—¿El candidato a alcalde? Claro. ¿Quién no le conoce? Es guapo y moreno. Parece un latin-lover. Está en todos los afiches que invaden la ciudad.

—No me refería a eso. ¿Le has visto personalmente... en el Club 313, por ejemplo?

—Una sola vez —asintió ella, mirándome pensativa—. Hizo una visita que allí calificaron de propaganda electoral. Le acogieron triunfalmente, invitaron a champaña a todo el mundo en nombre de Scarpano. Y regalaron llaveros, plumas y todo eso, con la efigie del candidato.

—¿Atendió personalmente Foreman al candidato?

—Por supuesto. Parecía hinchado como un pavo. Sin duda está al lado de él en la campaña, Duke. ¿Eso tiene algo que ver con ese Nolan?

—Puede que sí —suspiré, encogiéndome de hombros. Me puse en pie, mirando mi reloj, tras casi apurar el vaso de *whisky*—. Lo siento, pequeña. Debo volver a mi casa. Ya es muy tarde, y me espera una dura jornada de trabajo. Supongo que también tú tienes que dormir. Muy pronto amanecerá.

—¿No te quedas? —Me miró, invitadora—. La cama es lo bastante ancha para los dos...

—Sobraría la mitad —reí, sacudiendo la cabeza—. No, Satin. Es mejor así. Nos veremos de nuevo.

—¿Cuándo?

—Mañana, seguramente. No te prometo nada, pero procuraré ir a verte otra vez. A la salida del club.

—¿Seguro que lo harás? —Dudó Sheila—. Tal vez la aventura haya terminado para ti.

—No digas tonterías —la tomé por el cuello, la atraje hacia mí y besé su boca largamente. Mis manos se amoldaron a sus senos. La sentí temblar contra mí—. No es una aventura. Ni puede terminar

así, palabra. Tú lo sabes.

—No sé mucho sobre los hombres. Me engañaron otras veces.

—Oh, y a mí las mujeres —reí, yendo hacia la salida—. Pero debemos seguir confiando en la especie humana, pese a todo. Al menos, confía en mí.

—Lo intentaré. Hasta mañana, Duke.

—Hasta mañana, querida.

Abrí la puerta. Sheila estaba junto a mí, despidiéndome. Con su bata de satén medio abierta, dejando ver descuidadamente sus pechos juveniles, su estómago, su breve *slip* y sus bellos muslos...

Al abrir, me incliné y la besé de nuevo. Ella respondió cálidamente.

En ese momento estalló el fogonazo del *flash* y sonó el chasquido de una cámara fotográfica.

—¡Perfecto! —aulló la ingrata voz del picapleitos Gary Gleason—. ¡Logramos la prueba, Shayne! ¡Esto va a costarle mucho dinero de indemnización, o la cárcel! ¡Es una prueba clara de adulterio!

Sheila y yo nos quedamos mirando al maldito abogado. Tras él, corría ya como un gamo, escaleras abajo, con su cámara recién disparada —y dentro de ella el negativo comprometedor— el fotógrafo y testigo que el maldito abogado había llevado consigo.

—Maldita y sucia rata, hijo de zorra asqueroso, te voy a...

Me moví hacia Gleason que enarboló un papel en su mano, retrocediendo asustado todavía de mi último impacto en su boca.

—¡Alto, Shayne, deténgase! —chilló—. ¡Ésta es la copia de la denuncia por agresión que he formulado contra usted en comisaría! ¡Tengo un certificado médico que establece los daños en mi boca! ¡Otra agresión puede costarle la retirada de la licencia y el encarcelamiento, entiéndalo de una maldita vez!

—¿Crees que eso va a impedirme que te saque la piel a tiras después de esa sucia faena, cerdo repugnante? —rugí moviéndome hacia él, con los puños por delante—. ¡Me hiciste seguir y me tendiste esta fea emboscada, comprometiéndome a mí y comprometiéndome al mismo tiempo a una muchacha que no se metió para nada con vosotros! ¡Eso vas a pagarlo, sucio picapleitos!

—¡No, Duke, déjale!... —Me detuvo vivamente Sheila, tomándome por el brazo con energía. No te comprometas más. Ese

tipo parece que te la ha jugado bien. Cuanto más lejos lleves esto, peor irá todo. Creo ver la jugada. Esa fotografía, ante un juez, te meterá en dificultades, puesto que no te has divorciado de tu esposa. Es adulterio, Duke. No les costará nada probarlo así. Si a ello unes una agresión, puede complicarse todo mucho más... Déjalo como está. No creo que te denuncien. La fotografía será sólo un arma de extorsión, un chantaje para que cedan en todo...

—¿Y crees que voy a consentirlo? —rugí.

—Tienes que hacerlo, Duke, al menos de momento —me calmó ella, con sorprendente serenidad—. No pongas las cosas peor de lo que están.

—Pero ya no se trata sólo de mí. Estás tú y...

—Duke, yo no importo —sonrió con cierta amargura—. ¿Crees que en Greenville se escandalizarían demasiado si me vieses con estas ropas, acompañada de un hombre en la madrugada? Ya nadie se acuerda allí de la pequeña Sheila, puedes estar seguro. Y lo que piense la gente de Center City, me tiene sin cuidado. No soy una monja ni una gran dama.

Gleason se alejaba ya por la escalera, con aire triunfal, avisándome con su desagradable voz chillona:

—Mañana tendrá una entrevista con Ivy Shayne... Ella querrá saber cosas sobre esa fotografía, Shayne. Puede que lleguen a un acuerdo. Le conviene. Este asunto, unido a lo de Koenig, no iba a sentar nada bien a su profesión...

Afortunadamente para él, se perdió escaleras abajo. De seguir un poco más ante mi vista, ni la serenidad de Sheila ni mi propio control hubieran servido para impedir que le hiciera pedazos aquel rostro suyo, tan vil y repulsivo.

Nos quedamos mirando en silencio Sheila y yo. De repente, todo había cambiado para nosotros. El lado bello de las cosas se había ensuciado y oscurecido.

—Lo siento de veras, Sheila —murmuré roncamente—. No debí venir. Después de todo, sigo siendo un hombre casado. Esa arpía no quiere concederme el divorcio. Ni me deja vivir tampoco. Creo que mañana voy a aclarar las cosas, de una vez por todas.

—Calma, Duke. No pierdas los estribos. Es un asunto delicado. Te guste o no, tu mujer tiene la sartén por el mango. Y más ahora, con esa fotografía y dos testigos que te vieron salir de mi

apartamento a tales horas... —se anudó mecánicamente la bata, como si eso pudiera arreglar ya algo. Me miró largamente y añadió con cierta brusquedad—: Duke, ¿quién es ese Koenig?

—Walter Koenig —recité despacio, con desaliento—. Era un confidente de la policía. También un camorrista y un rufián de la peor especie. Estaba mezclado en un feo asunto que yo investigué. Jugaba a dos barajas. Cuando quise darme cuenta, me había metido en un garlito. Estuve a punto de dejar el pellejo. Le busqué, más tarde, y el tipo me atacó con arma blanca. Le pude desarmar y le pegué duro. Todavía tuvo arrestos para empuñar un garfio de cargar fardos en el muelle. Casi me abrió en dos la cabeza. Le pegué con más fuerza aún, y cayó de espaldas en el embarcadero del estuario. Cuando me incliné sobre él, estaba muerto.

Se había roto la base del cráneo en el empedrado. Fue un mal asunto. Me acusaron de brutalidad, de homicidio... El tipo tenía una amante, Wanda Brent, y un amigo psicópata, un tal Skippy, que al parecer se entendía con la fulana a sus espaldas. Ambos se unieron para acusarme de homicidio intencionado. No pudieron probarlo, pero pusieron en peligro mi licencia. La tengo pendiente de un hilo. Ahora sólo basta esto y... adiós a mi trabajo. Y posiblemente a mi libertad, Sheila. Así están las cosas.

—Sí estás metido en líos Duke —tuvo que admitir ella. Puso una mano en mi brazo—: Cuídate, querido. Si pudiera ayudarte en algo...

—Sabes que nadie puede hacerlo —suspiré—. Hasta mañana, Sheila.

—¿Mañana? —Dudó ella—. ¿Vendrás... a pesar de todo?

—Ahora, más que nunca —aseguré belicosamente, alejándome de ella y de su apartamento.

Esa noche, pese a todo, dormí de un tirón, hasta que la mañana estuvo ya muy avanzada. Entonces me levanté, me aseo y vestí, y salí a la calle, para abrir mi oficina.

Desde ella llamé tres veces al teléfono de Ivy, mi mujer. No respondieron, aunque estuvo sonando largo rato.

Tomé la decisión de ir personalmente a verla esa misma tarde. Antes tenía algunas cosas por hacer. Traté de olvidar a Ivy y su maldito problema, y me concentré en el caso que tenía entre manos.

Volví de nuevo a las cercanías de la vivienda de los Freeman.

Todo parecía normal, como el día anterior. Los mismos o parecidos guardaespaldas patrullaban en los jardines. Me acerqué al *bungalow* vecino. Estaba herméticamente cerrado. Un cartel, en la puerta, indicaba: «Se vende o alquila».

El pájaro había volado de la vecindad. Archie Nolan, el hombre del traje claro, ya no, estaba por allí, evidentemente. Me volví hacia la casa de los Freeman.

El matrimonio salía en ese momento de la residencia. El coche en que viajaban era un descapotable azul, un «Chevrolet» de modelo reciente, deslumbrante y lujoso. Les seguía otro coche con tres hombres, evidentemente guardaespaldas del candidato. Homer Freeman, el hombre que si llegaba a alcalde sería probablemente senador por aquel Estado antes de un año, era joven, bronceado, deportivo, de cabello rubio y rostro saludable. La perfecta imagen que los americanos desean votar en todas las elecciones. Pero Scarpano también era guapo y atractivo para las mujeres, con su morena belleza latina. Iba a ser un duelo de físicos, más que de ideas. Pero así es la política, a veces.

Me dispuse a volver a mi coche, olvidándome de todo el asunto por el momento, ya que la rubia y atractiva señora Freeman estaba a salvo mientras estuviera al lado de su esposo... a menos que el guapo señor Freeman quisiera quedarse viudo y hubiera planeado él todo aquello.

Un momento después, empecé a alejar de mí esa idea por improbable. Hubo motivos para ello. Y motivos graves.

Apenas estuvieron los dos coches en la carretera, y las puertas de la residencia se cerraron tras ellos, comenzaron a suceder cosas a un ritmo vertiginoso, que no sólo les sorprendió a ellos, sino también a mí.

Fue todo muy rápido. Sorprendentemente rápido.

Me tomó desprevenido, y por ello tardé un poco en reaccionar. Estuve a punto de que la reacción fuese demasiado tardía.

Por fortuna, la primera maniobra había sido dirigida contra el coche de los guardaespaldas, que viajaban detrás.

De entre los arbustos situados en la carretera, justamente de detrás de un seto, cayó algo oscuro y ovalado, describiendo una curva parabólica, justamente contra el coche, y al contactar con él

se vio envuelto éste en una densa nube de humo, que pese a ser un vehículo descapotable, se condensó en torno a sus ocupantes conductor, cegándoles y haciéndoles toser con violencia.

Evidentemente era un gas irritante, que les dejó totalmente indefensos. El coche de escolta patinó, se cruzó en la carretera y fue a estrellarse contra un árbol, en el que empotró su morro violentamente, arrugándose el metal como si fuese simple cartulina.

Simultáneamente, un automóvil surgió por entre la arboleda, saliendo rápido a la carretera y cruzándose ante el vehículo de los Freeman, que se vieron obligados a dar un brusco frenazo. El político era quien conducía, y su rostro reveló sorpresa y temor. Su mujer, a su lado, emitió un agudo grito de terror.

Corrí hacia allá, mientras desde el asiento del conductor del coche recién aparecido, una figura con traje claro, de tono *beige*, asomaba su brazo por la ventanilla, empuñando un arma automática.

Comenzó a disparar sobre los Freeman sin más dilación, mientras con el otro brazo manejaba el volante, situando el coche de la forma más idónea para tener a la pareja bajo la amenaza de su arma.

Los disparos perforaron el parabrisas del coche, dejando las estrías en el vidrio, formando telarañas, pero ya para entonces, con gran celeridad, Homer Freeman habíase arrojado de bruces en el asiento, sin ofrecer blanco, y tirando consigo de su esposa, con lo que evitó claramente que las balas pudieran alcanzarla.

Yo, desde la calzada de asfalto, no hice otra cosa que la más elemental que me dictaba mi instinto. Y esa acción fue extraer mi propia arma y comenzar a disparar sobre el automóvil agresor.

El tirador, sorprendido, giró la cabeza, mirando hacia mí y moviendo el brazo armado, con la sana intención de elegirme como nuevo blanco, en tanto tenía mejor ocasión de alcanzar a sus ahora invisibles víctimas.

Me anticipé a él. Había aprendido a ser rápido y eficaz con las armas durante los años bélicos, cuando la propia vida dependía de ello. Ahora era una circunstancia parecida, y recordé mis tiempos en la lucha por los campos italianos o por las selvas del Pacífico.

Disparé una sola vez. Y tiré a matar. No tenía otro remedio, después de todo. Se trataba de su vida o de la mía.

Le alcancé de lleno en la cabeza. Le vi saltar atrás, como un pelele. Su arma disparó, pero era ya un puro movimiento reflejo de su dedo en el gatillo. La bala se perdió, alta y desviada, lejos de mí, mientras él caía sobre el volante, quedando inmóvil, con una mancha roja ampliándose en su frente y cabellos.

El automóvil, abandonado a su suerte, fue describiendo zigzagues, hasta rebotar en un árbol, desviarse hacia unos setos y hundirse en ellos, hallando sus ruedas delanteras una zanja, en la que volcó aparatosamente.

De la casa salían apresuradamente otros tres hombres, armados con pistolas automáticas, que contemplaron asombrados y preocupados la escena. Dos de ellos corrieron al coche de los Freeman, a proteger a sus ocupantes. El tercero me encañonó a mí, apenas me descubrió, y yo tuve que alzar mis brazos, arrojando el arma y advirtiéndole con energía:

—¡No cometa errores, amigo! ¡Ese coche que ha volcado atacó a los Freeman y al coche de escolta! ¡Creo que he logrado alcanzar al agresor!

Homer Freeman y su mujer aparecieron tras el destrozado parabrisas, y asintieron, en tanto varias armas me encañonaban directamente a mí.

La voz del político corroboró:

—Ese hombre dice la verdad. Aquel coche, el que se hundió tras los setos... Desde allí nos dispararon. Vayan a ver qué sucede con su ocupante.

Los guardaespaldas asintieron, en tanto que, tosiendo y con ojos llorosos, los otros miembros de la escolta acudían tardíamente en apoyo de sus protegidos. Yo me moví hacia el automóvil del matrimonio Freeman, sin que dejaran de encañonarme los hombres armados.

Uno de ellos, que había asomado tras los setos, reapareció con el cuerpo de un hombre sobre su hombro. Lo depositó en el asfalto, avisando con voz firme:

—No hay nada que hacer, señor Freeman. Está muerto. La bala que disparó ese hombre le ha entrado por la sien. Buen blanco, amigo... —Y me miró, ya sin antagonismo en su gesto.

Homer Freeman se volvió a contemplarme, pensativo, frunciendo el ceño. También su rubia esposa. Vi un destello en los ojos de ella.

Luego confesó francamente:

—Gracias, Shayne... Creo que nos ha salvado la vida. El hombre del traje *beige* lo intentó otra vez... y ahora venía a por los dos.

—¿Eh? —Fue su esposo quien habló, volviéndose a contemplarla con sorpresa—. ¿A qué te refieres, querida? ¿Conoces acaso a ese hombre? ¿Y al que nos atacó...?

—Sí, conozco a ambos —asintió ella, abriendo la portezuela y viniendo hacia mí. El aire húmedo, con olor a lluvia cercana, agitó sus dorados cabellos revueltos. Me sonrió, aunque su rostro mostrase una peculiar tensión—. Shayne, verá que tenía razón. Ese hombre... el del traje *beige*... era un asesino. ¿Cómo pudo saber que hoy lo intentaría?

—No lo sabía —suspiré—. Ha sido todo puramente casual. Tuvimos suerte. Todos tuvimos suerte, señora Freeman...

Su marido ya venía hacia nosotros también. Su modo de caminar, elástico y ágil, era el propio de un hombre joven, deportivo y en forma. Coreen Freeman, mi cliente, comentó, estremecida, mirando un instante hacia el cadáver tendido en el asfalto:

—Todos... menos el hombre del traje *beige*.

Asentí. Estaba mirando el cuerpo sin vida, con sus gafas de sol colgando, rotas, de su nariz, la sangre empapando el lado izquierdo de su rostro, la expresión crispada por la muerte en su rostro color cera.

No se lo dije a ella. Pero aquél no era el «otro» hombre del traje *beige*. Era un perfecto desconocido para mí. Hasta entonces había pensado que maté a Archie Nolan, el hombre del Club 313 y del *bungalow* cercano.

Pero «éste» hombre de traje claro no era Archie Nolan. Ni se le parecía en nada.

CAPÍTULO V

—Sam Broderick —dijo lentamente Homer Freeman, tendiéndome los documentos de identificación del hombre muerto—. ¿Le dice algo ese nombre, Shayne?

—Broderick... —repetí, asintiendo—. Sí, claro que me dice algo. La policía podrá darle amplias referencias sobre él, señor Freeman.

—¿Es un pistolero utilizado por Scarpano, tal vez? —me sugirió el joven candidato.

—No sé si lo utilizará Scarpano. Pero es un asesino profesional, en efecto. Nunca se pudo probar nada contra él. Sin embargo, había evidencias, incluso, de que perteneció al Sindicato del Crimen. Aquí fingía ser un hombre honrado. Tenía un pequeño negocio en un suburbio de Center City. Una tapadera, supongo —moví la cabeza con desaliento—. Siento haberle matado. Vivo nos hubiera podido ser de mucha utilidad.

—Lo dudo —objetó Freeman—. Esa clase de gente son duros de pelar. Se aferran a sus derechos constitucionales y todo eso. Son demasiado experimentados para dejarse manejar.

—Tal vez tenga razón —acepté, pensativo—. El que eligió a Sam Broderick para esta tarea, es obvio que no quería fallos. Escogió un buen profesional, un experto en toda regla.

—Aun así, falló —fue el comentario de Homer Freeman.

—Sí, es posible que estuviera demasiado seguro de su éxito, una vez eliminada la escolta con una bomba de humo irritante. Falló los primeros disparos, y no tuvo ocasión de hacer más.

—El no podía contar con su intervención, Shayne —sonrió el político, con simpatía.

—Cierto. Aun así, hay que admitir que no estuvo a la altura de su categoría como ejecutor profesional —sacudí la cabeza, devolviéndole los documentos del muerto—. Bien, creo que la policía estará aquí de un momento a otro. Al teniente Cook no le

gustará que yo haya matado a Broderick.

—Deje eso en mis manos. Responderé por usted. Eso ha sido mejor que si nosotros hubiésemos sido las víctimas. Y así hubiera ocurrido, de no ser por usted. No sólo no deben molestarle, sino que se merece usted una felicitación de todos los ciudadanos honrados de Center City.

—Quizá —me encogí de hombros, con una sonrisa sarcástica—. Pero ya verá cómo el teniente Cook no piensa igual que usted, señor Freeman.

No. No pensaba igual.

Estaba francamente furioso conmigo. Y no lo disimulaba.

Al menos, no ahora, en su oficina del Departamento de Policía de Center City. Estaba dando airados paseos por la oficina, mirándome con disgusto, murmurando cosas ininteligibles entre dientes.

Finalmente se detuvo ante mí, me miró irritado y declaró sin rodeos:

—Debes dar gracias al señor Freeman. Su influencia es la única que te libra de serios problemas en estos momentos, Duke.

—No creí que pudiera crearme problemas defender a un honesto político de un criminal.

—¡Sabes muy bien que no me refiero a eso, Duke Shayne! —Se enfureció—. La prensa local no va a dejar títere con cabeza cuando publique sus próximas ediciones sobre el atentado a Freeman. Y, desde luego, a nadie le parecerá bien que un simple detective privado, con un mal antecedente en su historial, empuñe un arma de fuego y mate a un hombre, sea éste quien sea, de un tiro en la cabeza. Van a arremeter contra ti, contra mí, y contra muchas cosas de esta ciudad. Además, tal vez la popularidad de Freeman baje muchos enteros, si se airea que él apoya tu comportamiento cié hoy. Dirán que no duda en rodearse de pistoleros y de detectives particulares muy violentos, para proteger su pellejo. Y eso es impopular, por muchas razones que tenga para cuidarse de un atentado.

—Me tiene sin cuidado la opinión pública —resoplé—. Cuando maté a Koenig fue un simple accidente, y él pensaba matarme en aquel momento. Nunca me arrepentiré de ello. Ahora, menos aún. Salvé dos vidas, quizá más. Y el muerto ha resultado ser un simple

pistolero, un asesino profesional. ¿A quién puede disgustarle eso? Si Richard Scarpano usa tal cosa como arma contra Freeman en la campaña electoral, tal vez sea porque él mismo pagó al pistolero Broderick para librarse de su adversario político.

—Di eso a la prensa, y Scarpano te meterá en la cárcel para varios años, acusándote de injurias y calumnias —me cortó ásperamente el teniente Cook, deteniéndose ante mí con gesto airado—. Escucha, Duke: personalmente no me parece mal lo que hiciste. Es más, creo que has salvado la vida de Freeman y de su mujer. Pero lo malo es que siempre que hay líos en esta ciudad, andas tú por medio. Y eso hay gente que no lo perdona. Ya sabes que la campaña de Scarpano también alude a los investigadores privados, y si gana él, su idea es reducir vuestras atribuciones notablemente, privándoos incluso de licencia de armas. De modo que ya puedes imaginar cómo reaccionará el equipo de Scarpano, con los periódicos de Clifford a la cabeza, contra lo sucedido hoy.

—Ése será problema mío simplemente, Eliah, no tuyo —le hice notar.

—A la larga será problema de «todos» —me replicó vivamente—. Scarpano está manejando viejos asuntos poco claros, para desprestigiarme a mí y a la policía local. El caso de la desdichada muerte de Walter Koenig a tus manos, así como el misterio nunca resuelto de los crímenes del pasado verano, los del psicópata que desapareció de la escena tan enigmáticamente como apareció. Pero después de haber asesinado a cinco mujeres de diversa condición social, en los puntos más extremos de la ciudad, siempre durante las noches más calurosas...

—Lo recuerdo. Le pusieron un apodo... Los periodistas se lo inventaron, y la gente lo repitió hasta hacerlo popular. Sí, era... Eso es, El Fantasma.

—El Fantasma —asintió el teniente Cook—. Eso es, Shayne. No le iba mal el nombre. Aparecía y desaparecía como tal. Pero dejó un largo rastro sangriento. Cinco muchachas asesinadas. Dos prostitutas, una bailarina, una camarera y una oficinista... Luego, cuando ya creíamos tenerle cercado, se nos evadió tras el último crimen... y desapareció sin dejar rastro. No volvió a atacar. No se supo más de él. Terminaba el verano. Y de eso hará pronto un año, Shayne.

—El verano está empezando ahora —suspiré, moviendo la cabeza—. Faltan casi tres meses para que se cumpla el año. Esperemos que el fantasmal asesino vestido de negro no reaparezca en las calles nuevamente, teniente.

—Sólo eso faltaría. —Cook meneó la cabeza con desaliento—. Me estremezco cada vez que recuerdo las cabezas de aquellas pobres mujeres, hundidas a golpes... Se supone que usó la empuñadura de un bastón, por la forma de los impactos. Pero nunca se halló el arma del crimen. Debía de llevarla consigo al huir...

—Es ya historia pasada, teniente. Como Koenig y todo lo demás. Estábamos hablando de lo ocurrido hoy.

—Sí, es cierto. Ya son suficientes problemas los actuales para pensar en otros. Pero todo ello contribuirá a que el News y el Weekly de Clifford nos pongan verdes. No dejarán perder esta oportunidad, seguro. Todo son ventajas para Scarpano...

—Sí, eso estoy viendo —asentí, encaminándome a la salida del despacho—. ¿Puedo volver a la calle, o vas a meterme en una celda, acusado de homicidio?

—¡Vete al diablo! —Masculló el oficial de policía—. Te avisaré previamente, cuando me vea obligado a encarcelarte, estate tranquilo. Pero no confíes demasiado en que eso tarde mucho en producirse.

—Eres un ángel, teniente —murmuré con disgusto, saliendo al pasillo—. Nadie como tú para elevar la moral de uno...

Apenas pisé la acera, me vi asaltado por los dos fotógrafos que disparaban sus cámaras incesantemente. Iba a ahuyentarles por medios violentos, cuando una fría voz habló a mis espaldas:

—No se enfade, señor Shayne. Eso no haría otra cosa que perjudicar más aún su imagen...

Me volví, airado. Miré al automóvil aparcado junto a la acera. Dos hombres sonreían, asomados a ambas ventanillas. Uno, al volante, era inconfundible: Ralph M. Clifford, editor de los dos más importantes y sensacionalistas periódicos de Center City. El otro, todavía resultaba más difícil de confundir con nadie.

Era el alto, guapo, frío y hermético Richard Scarpano, con su viril belleza latina. El candidato rival de Homer Freeman.

—Suba, Shayne —me invitó el candidato con voz glacial—. Por favor...

No lo dudé ni un momento. Subí.

Scarpano tenía una voz dulce e impersonal. Su gesto y su mirada eran fríos como el hielo. Su sonrisa, un simple gesto de cara a la galería. Un recurso para ganarse votos, y nada más.

Sabía que yo no iba a votarle. Aun así, me mostró sus blancos dientes en una mueca muy estereotipada, y habló con pretendida suavidad, mientras el coche arrancaba, conducido por el propio Ralph M. Clifford, el más influyente editor de prensa de Center City.

—Espero que no crea que esto es un secuestro, señor Shayne —dijo con falsa dulzura.

—Nunca lo he creído —miré de soslayo a Clifford—. No lo será, ¿verdad?

—Cielos, claro que no —rió el editor de buena gana—. Todavía no hemos llegado a eso. Las cosas no están tan mal para nosotros como para raptar a los ciudadanos y lavarles el cerebro de cara a la votación.

—Eso me tranquiliza —les estudié a ambos de un modo ambiguo—. Pero entonces, ¿por qué me han hecho subir a este automóvil? Creo que no soy un personaje tan popular...

—Lo es, amigo —rió Scarpano, arqueando sus cejas, negras y bien silueteadas—. Lo es, desde que ha salvado la vida a mi contrincante, Homer Freeman. No se habla de otra cosa en la ciudad. Para su partido, es usted una especie de héroe nacional.

—Ya. ¿Y para el suyo, Scarpano? —quise saber.

—Bueno, no crea que lamento lo sucedido —rió con aparente buen humor—. Celebro que las elecciones no terminasen con la muerte de uno de los candidatos. Ése no es mi estilo. Freeman es sólo mi rival electoral, y nada más. ¿Acaso ha pensado usted que yo tuve algo que ver en ese criminal atentado?

—No, no lo he pensado —rechacé—. Sería una acción poco inteligente por su parte. Usted sería el único en beneficiarse de la muerte de los Freeman.

—Ni siquiera eso —me cortó con sequedad—. No ganaba nada con ello. No necesito algo así para salir vencedor ampliamente. Freeman no tiene posibilidades.

—Es lo que usted dice —sonreí—. Ellos piensan todo lo contrario.

—Dejemos ese asunto ahora. Las urnas dictarán su veredicto

muy pronto, Shayne. No era de eso de lo que quería hablarle.

—¿De qué, entonces?

—De sus cuestiones profesionales. ¿Trabaja a sueldo de Homer Freeman para protegerle?

—Usted lo ha dicho. Son «mis» cuestiones profesionales. Estrictamente confidencial, ¿no entiende?

—Lo entiendo, sí. —Scarpano clavó en mí sus penetrantes, helados ojos negros—. ¿Y si yo quisiera contratarle a usted para que me protegiese de cualquier posible riesgo?

—No es mi trabajo. No soy guardaespaldas ni pistolero. Sólo investigador privado. Que disparase contra aquel hombre para salvar unas vidas, no significa que eso forme parte de mi trabajo habitual.

—Pero lo hizo. Y muy bien. Hemos sabido que el hombre muerto era Sam Broderick, un profesional de la pistola. Eso me hizo pensar que me interesaría contratar a un hombre como usted. Digamos que le contrato como detective privado. ¿Lo aceptaría?

—Eso, depende —repliqué.

—Depende, ¿de qué? —insistió él.

—De varias cosas. De lo que tenga que hacer en su beneficio. Y de que mi tarea no signifique nunca perjuicio para mi otro cliente.

—Si ese cliente no es Homer Freeman... —sonrió maliciosamente Scarpano.

—Sea quien sea ese cliente, deberá estar al margen de toda actividad en beneficio de otro cliente, sea usted o quien pueda ser.

—Muy bien. Aceptada esa condición, digamos que quiero que investigue algo para mí.

—Eso habría que tratarlo de modo confidencial... —Miré a Clifford, sentado al volante.

—No importa que el señor Clifford esté presente. Es mi mejor amigo. Como si no hubiera nadie presente. Mi oferta va a ser concreta: diez mil dólares por sus servicios.

No contesté de momento. Iba de sorpresa en sorpresa. Miré fijamente a Scarpano. Era una oferta fabulosa. Pero inquietante. No sabía si sería ético trabajar para la señora Freeman y para Richard Scarpano.

—Diez mil es mucho dinero —objeté, seco.

—Para usted, quizá. Acostumbro a pagar bien a quienes

contrato. ¿Acepta?

—Falta saber lo más importante: ¿qué debo hacer para ganarme ese dinero?

—Ser quien es, exactamente: un investigador particular. Le contrato para que investigue algo que la anterior legislatura municipal de Center City no resolvió.

—¿Y ese algo es...? —pregunté, desconfiado.

—Descubrir la identidad del Fantasma, el psicópata asesino de mujeres.

—El psicópata del pasado verano... —comenté entre dientes, mirándole perplejo—. ¿Por qué le interesa precisamente ese caso? Está archivado, casi olvidado...

—No para mí ni para la opinión pública —señaló a Clifford—. Los periódicos de mi amigo se preocuparon a fondo de ese misterio que nadie se cuidó de resolver. Si pudiera ofrecer a mis electores la solución del misterio, quizá sería un arma decisiva en los comicios. Usted va a cobrar diez mil dólares por «intentar» resolver ese misterio. Antes del día de las elecciones, por supuesto. No le pongo condiciones. Inténtelo... Y si triunfa, seré muy generoso con usted.

—Además, no todo puede olvidarse fácilmente por el simple hecho de que esas cinco muertes tuvieran lugar el verano pasado —señaló Clifford, el editor, mirándome con rara expresión—. Es muy posible que El Fantasma haya reaparecido con los primeros calores del verano, Shayne.

—¿Habla en serio? —Le miró receloso—. No he oído de ningún crimen reciente... que pueda atribuírsele.

—Nosotros, sí —dijo gravemente Richard Scarpano, clavando en mí sus ojos profundos y gélidos—. La policía no es siempre la primera en enterarse de lo que sucede en la ciudad. Tengo buenos servicios de información. Pronto irán los agentes de su amigo, el teniente Cook, a investigar la muerte de una mujer. Alguien aplastó su cráneo con un objeto contundente no hace todavía doce horas, amigo Shayne.

—Cielos... —les contemplé, desorientado. Vi a Clifford asentir, con gesto sombrío—. ¿Eso es cierto?

—Sí, Shayne. Lamento decírselo. Tal vez sea demasiado crudo, pero Scarpano le ha elegido a usted para ese trabajo, no sólo porque fuese una especie de héroe en el atentado al otro candidato —me

explicó Clifford, mientras Scarpano ponía sobre mis rodillas un cheque por valor de diez mil dólares al portador. Y añadió fríamente el editor—: Mis periódicos ya están en máquinas, a punto de dar la siniestra noticia a la ciudad. El Fantasma ha vuelto. Y ha matado ya a otra mujer. Y esta muerte le afecta a usted muy de cerca.

—¿A mí? —Una especie de súbito escalofrío reptó por mi espina dorsal—. ¿Por qué?

—La víctima, en esta ocasión... es Ivy Shayne, su esposa —suspiró Scarpano fríamente—. La mataron esta madrugada, al parecer... ¿No cree que deberá preocuparse también de buscar una coartada para usted mismo, al tiempo que busca a El Fantasma, mi querido amigo Shayne?

CAPÍTULO VI

Era Ivy.

Ciertamente lo era. No hubo la menor duda al respecto, desde el principio. Ni la tuvo la policía ni la tuve yo, cuando me detuve ante su cuerpo sin vida.

Tenía el cráneo hundido en la zona del parietal derecho. Debíó morir tras ser golpeada varias veces, porque su gesto era de infinito horror, y causaba escalofríos contemplar aquel rostro despavorido, donde se condensaban todos los terrores imaginables.

Yacía en medio de la sala de estar de su apartamento, ahora descuidado y hasta sucio, víctima del abandono a que ella misma le sometía. Había botellas de licor por doquier, casi todas vacías. Las palabras del teniente Eliah Cook no me sirvieron de mucho consuelo, cuando me explicó con voz grave:

—Estaba ebria, sin duda alguna, cuando fue sorprendida por el asesino. Eso debíó mitigar en algo su dolor físico. No debíó darse cuenta, hasta sufrir el primer golpe, que la estaban matando.

—¿Y qué importa eso? —Me encogí de hombros, las manos hundidas en los bolsillos—. De todos modos, ahí tiene su rostro, Eliah. No debíó pasarlo muy bien al morir.

—Es evidente —sacudió la cabeza el oficial de policía—. El asesino tuvo que golpearle varias veces. No podía evitar darse cuenta de lo que ocurría, es obvio, Duke. ¿La querías mucho?

—No —negué, rotundo—. Nunca me gustó ser hipócrita, Eliah. No la quería en absoluto. Lo nuestro pasó hace tiempo. Era ahora una mujer alcoholizada, irritable y egoísta. A veces incluso sentía deseos de estrangularla. Me enfurecía con sus demandas, con sus amenazas de denuncias judiciales y todo eso. Pero no puedo dejar de sentirlo. Una vez, fuimos marido y mujer en todo el sentido de la palabra, y sentía algo por ella. Eso es atroz, Eliah.

—Sí, lo es —me miró, pensativo—. ¿De veras no viniste a verla

esta madrugada y...?

—Te he dicho que no tengo coartada alguna. Me fui a dormir. No me vio nadie mientras estaba en la cama. Pero no creerás en serio que yo la maté...

—Es una posibilidad. Resultas el primer beneficiado. Ya no tendrás que mantenerla ni soportar sus presiones. Es un motivo, ¿no?

—Elijah, el candidato Scarpano, cuando me informó de esto, me dijo que era obra de El Fantasma. ¿Es cierto o no? —le repliqué, airado.

—Es la otra posibilidad —admitió—. Ciertamente, es su técnica brutal. La misma de los crímenes del verano pasado. Resulta curioso que sacáramos hoy mismo el tema en nuestra conversación, ¿no, Duke? Pero de todos modos... tú podrías ser El Fantasma.

—Puede serlo cualquiera de esta ciudad —le recordé agriamente—. Incluso tú.

—Conforme, conforme —admitió, no sé si para tranquilizarme—. Si se trata de un loco, de un psicópata, como suponemos, claro que puede ser cualquiera..., incluso yo. Nunca se sabe quién está realmente cuerdo y quién no. Por otro lado, no resulta tan difícil fingir un crimen de ese estilo y atribuírselo a El Fantasma. Cualquiera puede golpear el cráneo de alguien y aparentar que fue obra de ese maníaco homicida.

—Parece que vuelves a acusarme.

—No te acuso de nada. Hago conjeturas, es todo.

—Pero sospechas de mí.

—Sospecho de todo el mundo. Y tengo que sospechar de ti porque tú eras su marido, porque vivíais separados pero estabas obligado a pasarle una pensión y no podías legalmente unirme a otra mujer, porque ella te hubiera fulminado. No te concedía el divorcio y estabas harto de ella. Si con todas esas referencias no quieres que sospeche de ti...

Se encogió de hombros malhumorado, mientras sus expertos terminaban allí el trabajo, y él les despedía con un gesto, indicando que podían subir los de la ambulancia a recoger el cadáver.

Contemplé el perfecto orden que nos rodeaba, la ausencia de señales de violencia en algún lugar de la casa que no fuese el propio cadáver y la sangre que encharcaba el suelo. Hice un comentario

entre dientes:

—¿El asesino violentó la entrada?

—No. O ella le abrió la puerta... o él tenía llave para hacerlo. No hay la menor señal de violencia o fractura en la entrada. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada —murmuré, pensativo—. Su abogado era un tal Gary Gleason, un sucio picapleitos de la peor especie. Creo que tenía llave de este apartamento. Estaba muy unido a Ivy.

—Ya —los ojos del teniente me contemplaron, enigmáticos y fríos—. Hablaremos con ese tal Gleason, no lo dudes. Tú, mientras tanto, procura no abandonar bajo ningún pretexto la ciudad. No me gustaría tener que dictar orden de captura contra ti.

—¿No vas a arrestarme como sospechoso? —dije, sarcástico.

—Todavía no —me replicó, sin el menor sarcasmo—. Por eso te pido que no te alejes demasiado. No quisiera que te crearas más problemas de los que tienes.

—Scarpano me ha encargado que descubra quién mató a Ivy. En suma: quiere el nombre, la identidad de El Fantasma. Y a ser posible, su captura rápida.

—Ya veo. Un golpe de efecto, cara a los comicios —torció Eliah el gesto—. Si tienes suerte en eso, tendré que presentar la dimisión, junto con el alcalde Brabham, tú lo sabes.

—Claro. Pero me pagan bien. Es mi oficio, Eliah. Tuve que aceptar. Por lo que vi, Scarpano parece mejor informado que tu propio Departamento. Sabía esto antes que tú.

—Tiene llena la ciudad de sus malditos hombres a sueldo —gruñó—. Una especie de parapolicía, o agentes paralelos a los míos. Trabajan en la sombra. Rápidos y eficientes. No me sorprende nada. Se filtran por doquier, Duke.

—Si Scarpano fuese El Fantasma, sería mejor motivo para que estuviese bien informado en este caso —reí de pronto irónicamente.

—¿Estás loco? —Me miró asombrado—. No dirás eso en serio, ¿verdad?

—¿Por qué no? Puede ser cualquiera, tú lo dijiste Scarpano es un ciudadano de Center City, ¿no? Nadie puede jurar que, tras su apariencia arrogante, se oculta un enfermo mental.

—Vete al diablo con tus fantasías. Prefiero tratar realidades concretas, Duke. Y por el momento, «tú» eres mi única realidad, y

bien concreta, como posible autor de la muerte de Ivy. Eso es todo, por el momento. Te veré más tarde. Y será mejor que no me aludas...

Más que una advertencia, era una solapada amenaza. Recordé la fotografía obtenida aquella misma madrugada, tal vez una hora antes, o quizá menos, de que un asesino entrase en este piso y acabara con la vida de Ivy. Cuando Gleason le entregase esa prueba al teniente, mi situación iba a empeorar de modo considerable.

La comprometedorra fotografía en compañía de una Sheila Scott en *deshabillé*, podía ser el detonador que inflamase la carga explosiva. Y yo podía volar con ella...

Me retiré muy preocupado de la vivienda de Ivy Shayne. Me tropecé con la ambulancia abajo. Los enfermeros subían ya una camilla. Había curiosos y policías en la calle. Pasé entre todos ellos como un fantasma. Recordé mis numerosas llamadas aquella misma mañana, a casa de Ivy. Ahora comprendía por qué no se puso nadie al teléfono...

Estaba furioso. Ya ni siquiera me importaba llevar en el bolsillo un cheque de Scarpano por valor de diez mil dólares. Había empezado a perder interés por el dinero. Había cosas mucho más trascendentes para mí que el propio dinero. Eso, pocos días antes, no me lo hubiera creído. Pero así estaban las cosas en estos momentos.

Traté de pensar en algo que no fuese Ivy, El Fantasma o Scarpano y su amigo y colaborador el editor Clifford. Tenía que pensar en un hombre llamado Sam Broderick, un asesino profesional, un miembro de los bajos fondos de la ciudad. Y en otro hombre llamado Archie Nolan, también vestido de *beige*.

¿Qué estaba ocurriendo realmente en Center City? ¿Por qué había «dos» hombres de *beige* y no uno solo? ¿Por qué Nolan vigilaba a la pareja Freeman, y otro hombre, Broderick, disparaba luego contra ellos? ¿A cuál de los dos había visto Coreen Freeman cuando intentaron matarla en tres ocasiones? ¿A Nolan o a Broderick?

Era otro de los grandes misterios de aquel maldito asunto. Yo tenía ahora dos clientes, pero los asuntos encargados eran diametralmente opuestos. Por un lado tenía que proteger a Coreen Freeman y descubrir quién intentaba matarla, y por qué. Por el

otro, tenía que descubrir a un asesino loco, llamado El Fantasma, y a la vez que se hiciera justicia en la muerte de Ivy.

Tenía que trabajar en ambos casos a la vez. No olvidar uno por atender al otro. El nexa común a ambos era la personalidad de mis clientes. Uno, un candidato a la alcaldía de Center City, y posteriormente quizá al Senado. Otro, el cónyuge del otro candidato. Se podía decir que estaba entre dos fuegos. Y dos fuegos muy peligrosos, que podían quemarme en cualquier momento.

Volví a mi oficina de investigador, realmente malhumorado y nervioso. La muerte trágica de Ivy había sido la gota que rebasaba el vaso. No la amaba ya cierta mente. Pero había sido mi mujer. Estaba llena de defectos, apenas si era ya una sombra cié sí misma. Pero era un ser humano, y en un tiempo incluso fuimos felices los dos. El maldito bastardo que aplasto su cráneo merecía ser hallado y castigado lo antes posible.

Lleme al teléfono privado de Coreen Freeman, tratando de olvidar a Ivy. Su voz sonó inconfundible, al otro extremo del hilo.

—¿Sí? —preguntó cauta—. ¿Quién es?

—Shayne —dije—. Su amigo Shayne, señora.

—Oh, entiendo —suspiró—. ¿Algo nuevo?

—No mucho. Ya sabía que el hombre de claro era un pistolero profesional...

—Claro que lo sé. Mi marido me lo ha referido ya. Es horrible... ¿Quién pudo enviarle contra nosotros?

—No lo sé, señora. Aún no. Pero esta vez, obviamente, el atentado era contra ustedes dos. Sus disparos fueron dirigidos indiscriminadamente contra ambos, sólo la fortuna y la rapidez del gesto de su esposo, al obligarla a reclinarse con él en el asiento, le salvaron la vida a usted..., al tiempo que se salvaba él mismo.

—Me di cuenta después —sonó ronca la voz de ella—. En aquel momento, lo cierto es que apenas si me percaté de lo que sucedía. Todo fue tan... terrible...

—Sí, lo entiendo bien, señora Freeman. Pero quería preguntarle algo, por eso la he llamado ahora.

—¿Qué es ello?

—¿Usted está totalmente segura de que el rostro del hombre que disparó sobre ustedes dos es «el mismo» rostro del hombre a quien descubrió cerca de usted en las anteriores ocasiones en que fue

atacada?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Limitase a responderme, señora Freeman. ¿Está usted segura de que se trataba del mismo hombre? ¿Pudo verle bien el rostro en anteriores ocasiones?

—No, ya le dije que no me lúe posible verle bien. Me pareció un tipo vulgar, eso sí. Uno de esos rostros que se ven... y se olvidan fácilmente. Es todo lo que recuerdo.

Reflexioné mientras ella hablaba. Sam Broderick tenía el rostro de un luchador. Nariz muy aplastada, pelo rizado, ojos estrechos, mentón duro y firme... Podía recordarlo bien. Era vulgar, rudo, casi áspero. Pero no tan fácil de contundir, no tan sencillo de olvidar. En cambio, Archie, sí. Archie era de lo más vulgar. Un rostro gris, borroso, impersonal.

—Es todo lo que quería saber, señora Freeman —suspiré—. Es posible que necesite verla pronto y hablar con usted personalmente.

—Muy bien. Cuando quiera, Shayne —noté impaciencia en su voz—. ¿Tiene alguna pista?

—Quizá —divagué—. Quizá...

Y colgué, sin añadir más. Es posible que la dejara sumida en un mar de dudas y de inquietudes. Pero eso también me sucedía a mí, y no podía hacer nada por evitarlo.

Mi segunda llamada fue a un teléfono que lema anotado en una agenda que no me pertenecía. Era el teléfono de Archie Nolan, en Raven's

Bridge. Sonó y sonó con insistencia, pero no hubo respuesta alguna. Colgué, pensativo. Y también defraudado.

Miré mi reloj. Era muy tarde ya, pero no sentía apetito alguno. La contemplación del cadáver de Ivy me había dejado en un estado de abatimiento poco usual en mí.

Aun así, descendí a la calle y me tomé a duras penas un emparedado con una cerveza. Antes de regresar a casa hice otra llamada telefónica.

Esta vez tuve más fortuna. Una voz cálida y aterciopelada, que yo conocía bien, sonó al otro extremo del hilo.

—¿Dígame?

—¿Sheila? —pregunté suavemente—. Soy yo.

—¡Duke! —Sonó su voz, sorprendida—. Duke, quería hablar

contigo. Yo...

—Espera. Yo hablaré primero. Flan ocurrido cosas terribles...

—Lo sé, Duke. He leído los periódicos. La edición donde figuraba el atentado a los Freeman, y tu intervención... ¿Ese Broderick que citan, era Nolan?

—No, no era Nolan.

—Pero vestía de *beige*, lo dice un diario...

—Sí, vestía de *beige* como Nolan. Pero no era Nolan. Ahora, escucha. Hay más novedades...

—No sigas, Duke. He oído la radio hace poco. Sé lo de... tu mujer. ¡Es horrible!

—Veo que estás bien informada —suspiré—. Sí, es horrible. Sobre todo, después de lo sucedido anoche. ¿Te das cuenta de lo que pasará, cuando ese abogadillo de la fotografía a la policía? Y estoy pensando en ti no en mí.

—Duke, yo sólo seré... una amante —dijo ella—. Tú puedes ser un sospechoso, ¿no?

—Exacto. De todos modos, lamento haberte metido en ese problema, Satin, yo...

—Calla. No digas nada. ¿Tiene algo que ver la muerte de tu esposa con... lo de los Freeman?

—No —me mostré sorprendido ante su pregunta—. ¿Por qué habría de tener algo que ver una cosa con otra?

—No sé. Se me ocurrió la idea. Como todo parece precipitarse al mismo tiempo...

—La verdad es que ni me ha pasado por la mente tal posibilidad, querida —manifesté, pensativo—. Son dos asuntos diferentes... Satin, tenemos que vernos. Pero donde no te comprometas más, donde ni la policía ni nadie pueda sorprendernos...

—Cuando quieras. Puedo dejar de trabajar ésta no che. ¿Nos reunimos en alguna parte?

—Sí, de acuerdo. Yo voy a tratar de ver a ese Nolan, como sea. Podríamos quedar en algún sitio, cerca de

Raven's

Bridge.

—Duke, ¿no has pensado que tu teléfono puede estar intervenido por la policía?

—Claro —reí—. Por eso te llamo desde uno público, no temas.

—Eso está mejor. Hay un local cerca de

Raven's

Bridge. Es una mezcla de teatrillo y club. Se puede beber y fumar, mientras se contempla el espectáculo. Hay siempre tanto humo y oscuridad en la sala, que cualquiera pasaría desapercibido en él. Se llama Palladium y no es muy conocido. ¿Puede servir para reunimos esta noche?

—Puede servir, sí —afirmé—. Te espero allí a las dos de la madrugada. No faltes. Es mejor a esa hora. Nadie nos verá.

—Allí estaré. Tomaré dos tiquets en la taquilla, y dejaré uno al portero. Preguntas, y te hará pasar. Allí no se preocupan de nadie.

—Hasta las dos, entonces —dije, colgando.

Respiré con fuerza. Era muy arriesgado verme ahora con Satin. Cook necesitaba una evidencia más para encerrarme, y ella podía ser la que él estaba buscando. Sheila podía justificar la motivación para un crimen así.

Regresé a la oficina, y llamé desde allí, nuevamente, al teléfono de

Raven's

Bridge. Idéntico resultado negativo resultó de mi llamada. Tomé la resolución de ir a aquellas señas personalmente, y tratar de ver por todos los medios al escurridizo Archie Nolan, el primer hombre del traje *beige*.

Así lo hubiera hecho, de no llegar la llamada telefónica que menos podía esperar. Eso sucedió exactamente a las seis de aquella agitada tarde.

Descolgué el teléfono de forma rutinaria, y pregunté. La respuesta me puso tenso:

—Shayne, soy Nolan. Ya sabe: Archie Nolan, el tipo con quien tuvo problemas anoche, ¿me recuerda?

—Claro —dije roncamente—. No era fácil olvidarle. ¿Cómo supo quién era yo?

—Forma parte de mi trabajo —rió él, desagradablemente—. Soy un colega suyo.

—¿Detective, privado? —resoplé.

—Eso mismo. Sé que se quedó con mi agenda. Esa chica se la entregó, ya sabe quién.

—¿Desea recuperarla?

—Al diablo ahora con eso: Ya me la dará. Sé que está metido en dificultades. Necesito hablarle. Es importante.

—¿En qué sentido?

—En todos. Es asunto de vida o muerte, ¿entiende? Y urge. Urge mucho que usted lo sepa, antes de que esté tan metido en este feo asunto, que le sea imposible salir de él.

—¿A qué viene ese repentino interés por mi persona y por mi seguridad, Nolan? Usted y yo distamos mucho de ser buenos amigos, por muy colegas que seamos...

—Hablaemos de eso. Y de muchas cosas más. Pero no por teléfono. Sería arriesgado. Para ambos. Sepa, sin embargo, que salvarle a usted es puro egoísmo. Porque también yo puedo salvarme de algo muy feo. Algo que no me gusta nada, créame...

—Le creo —había algo en su tono, que no sé porqué lograba convencerme. O era muy buen actor... o estaba realmente asustado—. ¿Dónde puedo verle?

—Usted sabe dónde. Tiene mis señas en esa agenda. Vaya hoy mismo. Esta madrugada mejor. ¿A las tres le parece bien? Cuanta menos gente haya en las calles, tanto mejor para ambos.

—Las tres no es buena hora para mí —recordé mi cita con Satin—. ¿Qué tal Ja una?

—Humm... Es demasiado pronto.

—Tengo una cita ineludible poco después. Sería buena hora para mí, Nolan.

—Está bien. Quizá tenga razón. Hay que hablar cuanto antes. Pero en la época en que estamos, la gente trasnocha más que de costumbre, deambula por ahí... De todos modos, será a esa hora. No falte. Es una vivienda y oficina a la vez. Nada lujosa, claro. Estaré esperándole, Shayne.

—Hasta luego, Nolan.

Colgué, mirando pensativo el teléfono. El propio Nolan venía a mí, en vez de ir yo a él. Algo estaba sucediendo. Algo lo bastante feo y oscuro como para que el tipo tuviera miedo en estos momentos.

—Un detective privado... —comenté entre dientes—. Vaya con el amigo Nolan... Un buen colega, por todos los diablos. ¿Qué hace él en todo ese juego de los atentados contra los Freeman?

Miré mi reloj. Como tenía tiempo por delante, pensé

aprovecharlo, hasta el momento de visitar a Archie Nolan en su cubículo de los suburbios.

La mejor manera que se me ocurrió de aprovecharlo fue ir a un mitin que celebraba esa misma tarde Homer Freeman, en los salones de su cuartel electoral.

CAPÍTULO VII

Por todas partes se veía lo mismo.

Grandes carteles, con el rubio y deportivo rostro del joven candidato, y los inevitables *slogans* de propaganda electoral, dispersos por doquier, entre escarapelas, adhesivos, pancartas y fotografías de todo tipo:

«Una ciudad corrompida necesita una escoba que limpie su basura».

«¡Vota a quien te dará una nueva ciudad, de la que estarás orgulloso!».

Y así, hasta el infinito. El ingenio de los publicistas políticos es limitado. Su producto «a vender» es un hombre, un rostro, una candidatura, un programa que, se cumpla luego o no, será el que decida al votante en uno u otro sentido.

Homer Freeman estaba terminando un vibrante discurso ante una masa de fieles seguidores, con el amplio salón acondicionado para las conferencias políticas.

—¡... Y yo os prometo que Center City será de nuevo la ciudad que todos deseamos! —Decía en esos momentos, con voz persuasiva y grandes ademanes—. ¡Erradicaremos de ella todo signo de corrupción política de injusticias sociales! ¡La prostitución, el juego prohibido y todo lo que ensucia nuestra querida comunidad, será barrido, juntamente con esos políticos que medran gracias a una complicidad oficial, y con todo lo que signifique vergüenza y desdoro para nuestra amada ciudad! ¡Votadme a mí, y nunca os arrepentiréis, porque no habréis votado a un hombre, a un nombre, sino a un modo limpio de entender la política y de gobernar esta ciudad, a una forma de convivencia digna y honesta para todos, y a un fracaso total de los especuladores que ahora se lucran a costa de

los ciudadanos honrados!

Como era previsible, su discurso fue acogido con atronadores vivas y aplausos. Las voces de «¡Freeman a la alcaldía, Freeman al Senado!», formaron coro en la sala.

Sonriente, cordial, efusivo, Homer Freeman se abrió paso entre todos sus partidarios, besó a dos o tres niños y firmó sus fotografías a unas jovencitas embelesadas, mientras las cámaras, con relampagueo de *flashes*, recogían todos esos gestos tan emotivos para el gran público, y que podían hacerle ganar unos cuantos votos más.

—Señor Freeman, por favor —le detuve, ya en la salida—. Un momento. Necesito hablarle.

—Perdone, estoy muy ocupado... —Me miró, pretendiendo librarse de mí sin dejar su magnífica sonrisa ni un momento, pero de súbito me reconoció, y sus ojos se mostraron menos risueños, algo más graves, pese a que siguió sonriendo ampliamente, puesto que todas las miradas estaban fijas en él—. Oh, es usted, señor..., señor...

—Shayne. Duke Shayne.

—Bien, señor Shayne... —Estrechó cordialmente mi mano—. No es fácil que pueda olvidar su cara. Le debemos mucho mi esposa y yo...

—Bueno, digan que se lo deben a su buena estrella. Yo poco hubiera podido hacer, si usted no se lanza al asiento y lleva consigo a su esposa. Esas balas asesinas hubieran terminado con ustedes dos, antes de que yo hubiese podido mover un solo dedo.

—Pero no fue así. Y antes de que el asesino pudiera intentarlo con más posibilidades... usted se ocupó de él. Y lo hizo muy bien, Shayne.

—Gracias. No es que me guste matar a nadie, pero aquél era un caso claro: su vida... o las nuestras.

Las de todos nosotros.

—Es cierto —me tomó por un brazo, sin dejar de sonreír a todos—. Venga conmigo, por favor. En mi despacho estaremos a salvo de todo esto. Creo que se merece usted una atención especial, por muy ocupado que me encuentre en mi campaña.

—Es usted muy amable —sonreí, siguiéndole hasta detrás de una puerta de cristales, tras la que se hallaba su despacho, y en la

que nos encerramos, quedando fuera un par de hombres de su escolta, para protegerle de los tumultuosos partidarios agrupados fuera.

Una vez dentro, me invitó a sentarme. Se acomodó frente a él, y me contempló pensativo. Rechacé el cigarro que me ofreció.

—Bien, señor Shayne —dijo—, usted dirá lo que desea exactamente de mí. Mi esposa ya me ha contado por qué le contrató. Coreen debió referirme antes a mí lo que le sucedía, pero ya que así fueron las cosas, dejémoslas como están. No puedo quejarme de que usted se hiciera cargo del caso, ni mucho menos.

—¿Sabe lo ocurrido a su esposa con todo detalle? —pregunté.

—Sí, lo sé. Los tres intentos de asesinato, el hombre de *beige* y todo lo demás —sacudió la cabeza, pensativo—. Quizá la cosa se remonte a tiempo atrás, de todos modos.

—¿Qué quiere decir? —Le miré, interesado.

—El pasado año tuve yo un accidente de coche muy sospechoso. Por estas fechas, o poco antes, Shayne. De modo inexplicable, me fallaron los frenos en la pendiente de mi casa y fui a estrellarme contra un árbol. Por fortuna, para entonces ya había frenado el descenso en unos setos, y el golpe sólo me dejó inconsciente, con un *shock* traumático, leves lesiones y una conmoción cerebral de la que me recuperé en el hospital. La policía juzgó que era un simple accidente, pero a mí siempre me quedó la duda sobre ello. Acostumbro a cuidar mucho mi coche, y aquel hecho no tuvo explicación lógica. Los frenos, poco antes, funcionaban perfectamente. Y de pronto... llegó el accidente. No, no tuvo sentido. A menos que...

—A menos que alguien manipulara en los frenos, averiándolos para cuando usted tuviera que manejarlos, en el descenso pronunciado. ¿No es eso?

—Me parece un poco fuerte decirlo así, pero... quizá tenga usted razón, Shayne. Creo que eso es lo que sucedió.

—¿Había anunciado usted ya su candidatura hace un año?

—Oficialmente, no. No era plazo aún. Pero todos sabían en Center City mis intenciones de presentarme en cuanto terminara el mandato legal de Brabham, para evitar que Scarpano y su clan lleguen a gobernar esta ciudad, empeorando más aún las cosas.

—¿Usted diría que Scarpano pagó a Sam Broderick y... preparó

su accidente de coche?

Freeman humedeció sus labios y, como buen político, escogió cuidadosamente sus palabras:

—Creo que eso sería aún más fuerte de asegurar, Shayne. No tengo prueba alguna de nada. Pero... ¿usted qué pensaría en mi lugar?

—Más o menos, lo que usted está pensando —afirmé—. Scarpano tiene unos fuertes aliados en el editor Clifford y en el financiero Foreman. La prensa y el dinero son dos buenos aliados para ganar una campaña electoral, pero quizá Scarpano no se sienta tan seguro de sus fuerzas... e intentase asegurarse la elección por otros medios.

—Es una idea que, inevitablemente, se me tenía que ocurrir —afirmó secamente Freeman—. Si yo muero, él es el primer beneficiado con mi desaparición de la escena.

—¿Y si hubiera sido su esposa la que muriese? —sugerí de pronto.

Freeman se quedó pensativo. Luego sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No sé, eso es algo que no entiendo. Coreen no significa nada, de cara a las elecciones. Es sólo mi colaboradora, mi esposa... A menos que sólo pretendieran causarme daño, no puedo entender por qué deseaba nadie matarla a ella.

—Bueno, tal vez tenga mañana una respuesta para eso —dije, poniéndome en pie lentamente.

—¿Usted? —Me miró intrigado—. ¿Una respuesta?... ¿Cree que ello es posible?

—Puede serlo. Esta noche lo sabré con seguridad —asentí.

—Pero... ¿cómo? ¿Qué es lo que le hace suponer tal cosa?

—Perdone si no le digo nada. Son cosas confidenciales. Y más aún, cuando todavía no hay seguridad de nada, señor Freeman. Pero de esta noche dependen muchas cosas. Debe bastarle con saber eso. Ahora, buenas tardes. Le dejo con sus tareas electorales.

—Muy bien, Shayne —volvió a estrecharme la mano con calor, acompañándome a la salida—. No deje de tenerme al corriente.

—Descuide. Así será.

Abandoné el cuartel general del candidato. Estaba oscureciendo y, en el exterior, rótulos luminosos pregonaban el nombre de Homer

Freeman para la alcaldía local. Numerosos grupos de curiosos se hallaban estacionados en torno al edificio, esperando la salida de su ídolo.

Me alejé de allí, para visitar otro lugar donde se hallaba algo que quería examinar. Era el garaje donde la policía guardaba habitualmente los vehículos robados o los que tenían algo que ver en algún delito. Un sargento de policía urbana y un patrullero vigilaban el coche de Homer Freeman, el descapotable cosido a balazos.

Me identifiqué, y el sargento me permitió examinar el automóvil, aunque sin tocarlo. Mi interés se centró exclusivamente en el parabrisas, donde los impactos de bala del arma de Sam Broderick eran numerosos, así como en la parte delantera y en el guardabarros del mismo lado.

Observé que la mayoría de los orificios de bala en el cristal, se hallaban en un solo lado del parabrisas. En el otro vi solamente dos orificios, muy distanciados entre sí, uno a cada extremo, y otros dos impactos de bala en el guardabarros de ese lado. Era todo lo que se apreciaba en el automóvil de los Freeman.

Di dos vueltas en torno suyo. Era un modelo de aquel mismo año, de modo que no podía tratarse del mismo con el que sufrió su accidente el verano anterior el joven político. Tal vez aquél quedó inservible, tras su choque con unos setos y con un árbol.

—Gracias, sargento —dije—. Es todo.

—De nada, Shayne —me saludó el policía metropolitano—. Se quedó hecho una criba, ¿eh? Tuvo que tener usted mucha sangre fría para liquidar a un tipo como ese Broderick... Lo hemos comentado muchas veces mis muchachos y yo.

—Creo que tuve suerte, eso es todo —gruñí, alejándome—. Yo soy solamente un exsoldado que no se olvidó de cómo se dispara un arma. Y él era un profesional, criado entre asesinos... Uno de esos hombres que nunca fallan el disparo, sargento. Donde ponía el ojo, ponía la bala.

—Pero no rozó siquiera a ninguno de los Freeman —observó el sargento, sonriente.

—Sí, eso es cierto —afirmé, ceñudo—. Ellos tuvieron mucha suerte... Todos la tuvimos, no hay otra explicación. Y si la hay, no acabo de entenderla...

Dejé al sargento sumido en perplejidades que nadie podía resolverle. Me alejé del garaje oficial, pensando en la hora en que debía reunirme con Archie Nolan en su vivienda-oficina, de

Raven's

Bridge.

A la una tenía que verle a él. A las dos, a Sheila.

Iba a ser una noche muy ajetreada.

No lo sabía yo bien.

Era la hora en punto cuando llegué ante el oscuro edificio, situado, como el mío, frente al tendido metálico del elevado urbano. Casi todos los suburbios son iguales en la ciudad, aunque estén situados en diferentes puntos de la misma. Calles sucias, casas destartalladas, farolas solitarias, vallas anunciadoras, las luces vacilantes de algún bar de mala muerte, oscuro asfalto en las calzadas, ratas en las alcantarillas y el almacén del elevado, a poca distancia, llenando de ruidos la vecindad cuando pasa el tren sobre sus vías.

No era mi barrio pero se le parecía mucho, aunque

Raven's

Bridge, cerca del río, fuese todavía más sucio y húmedo. Estaba empezando a lloviznar, además, cuando me acerqué al edificio donde se hallaba la vivienda y oficina de Archie Nolan.

Miré aprensivamente a mi alrededor. A tales horas, en aquel barrio, no se veía absolutamente a nadie. Pero a veces la soledad puede ser tan inquietante como la presencia de alguien. Ésta era una de esas veces.

Una racha de aire viscoso, procedente, del río, arrastró unos sucios papeles por el asfalto, hizo bailotear unas bombillas que alumbraban unos muros de ladrillos salpicados de propaganda electoral, y echó sobre mi cara una ráfaga de aire de lluvia, fría y menuda.

Me ajusté mejor el sombrero, y eché a andar hacia la destartallada edificación donde debía reunirme con el colega Nolan. Empujé la puerta de entrada y cedió con un chirrido. Nolan había tomado sus precauciones, evidentemente, para recibirme en su oficina sin necesidad de llamar la atención.

En su agenda figuraba la puerta «F» de la tercera planta. El

edificio tenía una escalera angosta, mal alumbrada por alguna que otra bombilla sucia de polvo y excrementos de moscas. En su hueco circulaba un viejo ascensor, de cuya seguridad no quise fiarme demasiado. Subí por la escalera, hasta alcanzar el tercer rellano.

La gente que no quería dejarse ver, hacía bien en elegir estas horas de la madrugada. Ya nadie circulaba por las calles, nadie se hallaba fuera de sus casas. Todo el sórdido edificio parecía un panteón, tal era su silencio y quietud.

Llegué ante la puerta con la letra «F» en metal dorado. Un rótulo blanco indicaba:

«Archie Nolan
Investigaciones privadas.
Asuntos confidenciales».

Antes de pulsar el llamador se me ocurrió tantear la puerta. Tal como imaginé, Nolan también había dejado franco el paso allí, para evitar ruidos inoportunos. La puerta cedió, con otro lastimero gemido de bisagras mal engrasadas.

Entré en el oscuro recinto. Llamé en un susurro:

—¡Nolan! ¡Soy yo, Shayne!... ¡Nolan! ¿Está usted ahí?

No me contestó nadie. El silencio, dentro, era total. De repente me asaltó la desagradable sospecha de que podía tratarse de una emboscada, de una maldita trampa. Rápido, saqué mi revólver, dispuesto a todo.

Me moví lentamente por la casa. En la distancia, oí un ruido inconfundible, metálico, trepidante.

El elevado.

Se aproximaba a la zona. Debía ser el tren de última hora. El de madrugada, Acostumbraba a pasar a estas horas, camino de su estación final, donde quedaba encerrado el tren hasta el nuevo día.

Clankety-clanck, clankety-clanck, clankety-clanck...

El sonido de siempre. Familiar a mis oídos. Llegué a una estancia oscura, pero en la que entraba alguna luz procedente de las bombillas de la calle. Cuando el elevado se aproximó algo más, sus ventanas iluminadas desfilaron veloces ante mí, a alguna distancia de la casa. Dieron claridad suficiente para que viese, de pronto, lo que había allí, en aquella habitación, a mis pies.

Era un cuerpo inmóvil. Con el cráneo aplastado.

Me incliné, lanzando una sorda imprecación. Aún llevaba puesto su traje *beige*.

Estaba muerto. Era Archie Nolan.

SEGUNDA PARTE

DESPUÉS DEL PROLOGO

CAPÍTULO PRIMERO

Así había ocurrido todo.

Así hallé el cuerpo de Archie Nolan, en su oficina-vivienda. Así había podido evadirme de allí, antes de que llegase la policía.

Ahora conducía mi coche hacia un cercano lugar de esparcimiento, abierto hasta altas horas de la madrugada. El Palladium, donde tenía una cita con Sheila Scott, a las tres de la mañana.

Pero no podía dejar de pensar en lo sucedido. Esta vez la víctima había sido Archie Nolan, mi colega. Alguien impidió que hablara conmigo, que me revelase lo que tan importante parecía ser.

Había muerto como Ivy. Con el cráneo aplastado. Como las víctimas de El Fantasma. ¿Era realmente El Fantasma quien mató a Nolan? ¿Por qué habría de hacerlo? El siempre mataba mujeres... Eso me llevó a formularme otra inquietante pregunta: ¿era, realmente, El Fantasma el asesino de Ivy?

Recordé las palabras de Satin al teléfono:

—¿Tiene algo que ver la muerte de tu esposa... con lo de los Freeman?

Entonces me había parecido una pregunta totalmente disparatada. Ahora... no estaba tan seguro de ello. Podía no ser disparatada, después de todo.

Claro que El Fantasma aplastaba siempre la cabeza de sus víctimas, pero se decía que era un bastón lo que utilizaba para ello. En el caso de Ivy, pudo ser. En el de Nolan, no. Fue una botella metálica la que le mató. Había visto la misma, con sangre y cabellos, adheridos. Eso no entraba en la técnica habitual del psicópata asesino. Ni eso ni el sexo de la víctima.

Me sentía como aferrado por una tupida red, por una viscosa tela de araña de la que no podía librarme en modo alguno. Empezaba a sentirme desesperado, frenético. Había que hacer algo,

pero ¿Qué?

Detuve mi coche ante el callejón que conducía al Palladium y sus luces parpadeantes, de un color rojo violento. La lluvia se había generalizado. No por ello la noche resultaba menos calurosa, pero sí más húmeda \ bochornosa. El aire olía intensamente a sulfuro.

La fotografía y afiches del exterior del local nocturno no eran precisamente edificantes, ni moralistas. Pero eso me tenía sin cuidado ahora. Necesitaba un lugar donde poder charlar con alguien como Satin, cambiar impresiones, ver de aclarar mis ideas, de serenar mi ánimo y llegar a alguna parte con aquellos malditos pensamientos míos, tan confusos en la actualidad.

Me aproxime resueltamente al local, situado al fondo del callejón sin salida, dispuesto a pedir al portero mi entrada, puesto que ya pasaban cinco minutos de las tres. No vi al portero en ese momento en la entrada.

Fue entonces cuando la voz me sobresaltó, justo a mi lado:

—Ni un movimiento, Shayne. Estás arrestado. Acusado del asesinato de tu esposa... y posiblemente también de la muerte del detective privado Archie Nolan. Si te mueves, si intentas algo... tendré que matarte.

Me volví, sin mover los brazos lo más mínimo. Me encontré frente al reglamentario revólver del teniente Cook, enfilado hacía mi cabeza.

Naturalmente, detrás del arma estaba el rostro de mi amigo el oficial de policía. Pero no había gesto amistoso alguno en su faz. Por el contrario, me contemplaba fríamente, con una clara decisión en sus ojos entornados, fijos en mí.

—Elijah, permite que te diga que cometes un grave error —protesté—. Tengo una teoría que posiblemente explique algunas culpas, pero necesito tiempo...

—Tiempo es todo lo que vas a tener a partir de ahora, Duke. Pero limitado por cuatro paredes y unas rejas. Lo siento. No quisiera haber llegado a esto. Pero el abogado Gleason me ha facilitado esa fotografía con una chica llamada Sheila Scott, más conocida por Satin en los clubs nocturnos de la ciudad. Eso justifica tu crimen. Y también sé que acabas de escapar de casa de ese hombre, Archie Nolan, a quien eliminaste. Sé que peleaste con él en el club donde actuaba Satin. Parece que había algo oscuro por medio y liquidaste

a tu colega. Hablaremos de todo eso. Y tendrás que defenderte ante el fiscal del distrito y ante un juez y un jurado, no ante mí. Mi misión estriba exclusivamente en arrestarte. Es mejor eso que matarte, Duke. No te resistas, te lo ruego. Me dolería volarte la cabeza de un disparo. Pero no dudaré en hacerlo sí me obligas a ello.

—Parece que no tengo otra solución... —suspiré.

—No, no hay otra. Ponte de espaldas a mí. Apoya tus manos en el muro, lo más altas posible. No te muevas.

Le obedecí. Me cacheó rápidamente, sin dejar de apuntarme. Me quitó mi arma.

—Muy bien, Duke. Vamos a terminar con esto. Te llevaré al Departamento yo mismo. No quiero ayuda para esto. Hemos sido amigos, y pensé que era mejor así —oí el tintineo del acero a mis espaldas. Iba a esposarme inmediatamente—. Si eres inocente, y de veras que lo deseo, no tienes nada que temer. Pero hay demasiadas evidencias ya contra ti y...

Su voz se quebró de repente. Oí un golpe sordo. Luego, el choque de algo pesado en el suelo, a mis espaldas. Tras un corto silencio, durante el que permanecí rígido, otra voz susurró a mi oído:

—¡Vamos, Duke! Hay que escapar pronto de aquí. No tenemos mucho tiempo ahora...

Me volví, asombrado. Vi a Satin frente a mí. Y también al teniente Cook. El yacía en el mojado asfalto, de bruces. A su lado estaba su revólver, y poco más allá el mío.

—¡Satin! —murmuré—. ¿Qué has hecho?

—Lo único posible para evitar que te encarcelasen —tiró de mi brazo—. Vamos ya, no hay tiempo que perder.

—¿Cómo supiste...?

—Estaba asomando a cada poco tiempo, impaciente por verte llegar. Oí sirenas policiales hace poco, y tuve una desagradable sospecha. Luego te vi con ese hombre, amenazado...

—Es un policía, Satin. Has golpeado a un oficial de policía.

—Lo sé. Tiene ahí su coche oficial, a la puerta del Palladium. Debían controlar también el teléfono desde donde me llamaste, Duke. No hay otra explicación.

—Seguro —me golpeé en la frente—. El bar vecino a mi oficina... Debieron imaginar que lo utilizaría para otras llamadas.

También deben saber que Nolan me citó. Eso, unido al hallazgo de su cadáver...

—¿Qué? —Me miró ella horrorizada, sin que dejáramos de caminar hacia mi coche—. ¿Muerto Nolan?

—Sí. Le asesinaron también. Alguien avisó a la policía para que me sorprendiese allí. Escapé, pero no he logrado mucho con ello. El teniente Cook me esperaba... Ahora tenemos que huir los dos, Satin. Estás tan metida en esto como yo mismo.

Ella sonrió, volviendo a meter en su bolso la linterna con la que se había valido para martillar la nuca de Cook y derribarle. Se encogió de hombros al responder:

—No me importa mucho. Tengo que ayudarte, Duke No sé por qué, pero sé que debo hacerlo.

Subimos a mi coche. Partimos de allí a toda velocidad. La miré de soslayo.

—Es una locura, querida —murmuré—. Pero gracias por esa bendita locura tuya...

Y pisé el acelerador, deslizándonos con rapidez por las calles desoladas de la madrugada ciudadana, bajo la lluvia tenaz que charolaba el asfalto.

CAPÍTULO II

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

Miré a Satin pensativo. Mi cabeza era un hervidero de ideas confusas, pero algunas de ellas iban tomando forma. Una forma que no me gustaba lo más mínimo.

—No lo sé —dije—. Pero voy a hacer algo. Y pondré unas cuantas cartas boca arriba, no lo dudes.

—¿Serán suficientes para ganar la partida, Duke? —dudó ella.

—Tienen que serlo. De ellas depende todo. Esto está muy embrollado, pero ya ves que hemos esperado pacientemente toda la noche, y hemos podido seguir a esa persona cuando salió de su casa hasta este edificio. Ahí dentro tiene que haber cartas suficientes para que muchas incógnitas se despejen, querida.

Sheila asintió, aunque había aún algunas dudas en su expresión. No le reproché por ello porque yo mismo estaba sumido en un mar de vacilaciones. Hacía ya casi veinticuatro horas del momento en que ella me sacó de las garras del capitán Cook. La ciudad entera era un hormiguero de policías buscándome. La radio y los periódicos no hablaban de otra cosa.

Se me buscaba por doble asesinato y agresión a un oficial de policía. Se sabía que tenía un cómplice, una mujer, y se especulaba con que ésa cómplice fuese Satin Scott, la cantante de clubs nocturnos. La desaparición de ella de la circulación, contribuía a dar forma a esa sospecha.

A Satin no parecía importarle nada todo ello. Seguía fielmente a mi lado, jugándose el todo por el todo por un tipo a quien apenas conocía. Hubiera sido emocionante, si hubiese tenido tiempo para emocionarme, pero estaba demasiado excitado con lo que hacía ahora, para poder ocuparme de otra cosa.

Nos habíamos podido ocultar todo el día, desde la madrugada anterior, en un suburbio ciudadano, cerca de Embankment Side, y

mi aspecto, con gafas de sol un impermeable oscuro y la barba de dos días, no resultaba del todo recomendable. Pero tenía amigos hasta en el infierno, y me habían ayudado en esta ocasión. A Satin y a mí, para ser más exactos.

Ahora, de noche, habíamos salido de la madriguera provisional, lanzándonos a la aventura, tras reflexionar muy seriamente lo que tenía que hacer. De ese modo habíamos vigilado durante horas un determinado lugar, habíamos visto salir a la persona que yo esperaba, la habíamos seguido cautelosamente... y ahora estábamos allí.

En aquel lugar solitario, frente a aquel aislado edificio, en Latimer View, esperando nuevamente.

Pero esperando, ¿qué?

Eso es lo que quería saber Sheila. Y lo que yo estaba madurando, mientras me disponía a jugar mi última baza a la desesperada. Una baza audaz pero necesaria. Había llegado el momento de arriesgarlo todo a una sola carta, pasara lo que pasara. La situación no podía ser ya mucho peor de lo que era. De modo que había que correr el riesgo.

—¿Vas a entrar en esa casa? —me preguntó Satin, adivinando mis intenciones.

—Sí —afirmé.

—Puede ser muy peligroso —me avisó.

—De hecho, todo es peligroso a estas alturas —eludí—. He de hacerlo, Satin. No hay otro camino.

—Está bien —suspiró—. Y mientras tanto, ¿qué hago yo?

Se lo dije. Me escuchó con ojos muy abiertos. Comenzó un reproche en su gesto y en su voz:

—Pero...

—No discutas —corté, seco—. No hay tiempo. Haz lo que te he dicho. Es el único camino, nos guste o no, ¿entendido?

—Sí —respiró con fuerza. Miró a la esfera luminosa de su pequeño reloj de pulsera, en las húmedas sombras de la noche, bajo la persistente llovizna que caía sobre Center City desde el día antes—. Ya voy, Duke. ¿Qué harás tú entretanto?

—Pensar un poco. Luego entraré. No me falles, Satin.

—Sabes que no fallaré, al menos mientras conserve la vida y la libertad de movimientos —me aseguró ella, mirándome profunda,

fijamente.

Se inclinó. Besó mis labios. Sentí un estremecimiento placentero al notar el contacto de su boca en la mía. Pero fue un roce fugaz. Rápidamente, su esbelta figura se alejó, desapareciendo en las sombras, tras una esquina en la que lucía un solitario y fantasmal farol.

Algo más allá, en una valla anunciadora, Scarpano y Freeman me contemplaban desde medio centenar de carteles, con sus respectivas sonrisas arrebatadoras, pidiendo mi voto.

Me hundí en las sombras de un portal, bajo una marquesina que goteaba sucia agua de lluvia, mezclada con polvo, y esperé.

Estuve pensando un sinfín de cosas, hasta que eché una ojeada a mi reloj y me puse en acción. Miré a ambos lados de la calle. Pasó un automóvil negro y se alejó, haciendo chapotear sus neumáticos en unos negros charcos. Se alejó, doblando una esquina próxima.

Crucé la calle. Alcancé la puerta del edificio. No tenía llave, naturalmente. Pero eso no acostumbra a ser problema insoluble para un detective privado. Un momento más tarde, tras de probar tres o cuatro llaves-ganzúa, ya tenía franqueado el paso. Y sin producir el más leve ruido.

Me adentré en las sombras de la casa. Era un edificio pequeño, de dos plantas, con las ventanas totalmente en sombras, cegadas por los postigos y las cortinas. Dentro de la casa había un olor agradable, sin asomos de humedad o de abandono. El mobiliario, en la penumbra, me pareció sólido y confortable. No era una casa abandonada, ciertamente.

Alcancé una escalera, tras comprobar que abajo no había ser viviente alguno. Subí a la planta alta, pisando cuidadosamente cada escalón. Empuñaba una potente linterna en una mano —la que le sirviera a Satin para abatir a mi amigo el teniente Cook en la madrugada anterior—, y mi revólver. Naturalmente, no encendí la linterna en ningún momento. Todo lo hacía a tientas, guiándome por la escasa visibilidad que mis ojos captaban, habituados ya a la oscuridad.

Así llegué a un corredor en el piso de arriba. Me moví por él cuidadosamente, hasta alcanzar una puerta en la que me detuve. Capté el crujido de un mueble tras aquella puerta. Era un ruido familiar a cualquier persona: el leve movimiento de un lecho.

Luego me llegó un suspiro de mujer y el ronco murmullo de la voz de un hombre. Apreté las mandíbulas. Iba a interrumpir el romance, pero eso me tenía sin cuidado.

Abrí de golpe la puerta, pulsé el interruptor de la linterna y hablé con tono áspero:

—¡Buenas noches, parejita!

Hubo un atemorizado grito de mujer y una ronca imprecación varonil. El chorro de luz de mi lámpara barrió los muebles de un dormitorio, hasta caer sobre la pareja desnuda que se refugiaba ahora desesperadamente entre las sábanas, mientras el brazo velludo del hombre pugnaba por alcanzar una chaqueta colgada junto al lecho.

—¡Quieto, no intente tomar su arma ni cosa parecida! —Avisé con brusquedad—. No dudaré en disparar sobre usted, si me obliga a ello... señor Scarpano.

Y Richard Scarpano, el candidato a la alcaldía de Center City, el guapo caballero con aire de *latín lover*, se me quedó mirando con ojos desorbitados, paralizado su brazo por mi conminación amenazadora.

Junto a él, en el lecho. Coreen Freeman estalló en sollozos amargos, ocultando su rostro entre las manos.

—Valiente pareja de clientes me busqué —dije despectivamente, contemplándoles entre colérico y malhumorado.

—¿Qué va a hacer ahora, Shayne? No está en condiciones de denunciar a nadie...

—No he dicho que vaya a denunciarles por esto —me encogí de hombros—. La vida privada de cada cual me tiene sin cuidado.

—Pues no lo parece —replicó Scarpano, con sarcasmo.

—Escuche, hombre limpio y sin tacha —me acerqué a ellos con hosquedad—. Lo que van a tener que explicar a la ley, es por qué me contrataron a mí, ambos de acuerdo, para que me tragase la historia de que Archie Nolan pretendía asesinar a la señora Freeman y todo eso, cuando era una burda mentira, y el pobre Nolan se limitaba a cumplir el papel que ustedes dos le habían asignado en la farsa, representando el personaje de un presunto criminal pagado por alguien a ustedes maldito si les preocupaban ahora las elecciones. La señora Freeman y usted son amantes hace tiempo, y

resolvieron deshacerse muy ingeniosamente del marido, de forma que la culpabilidad del crimen recayese en enemigos políticos, aunque no en usted personalmente, Scarpano. Ese truco del hombre de vestido color *beige*, bien visible, no tenía la menor consistencia por sí solo. Pero unido a la presencia de «otro» hombre de *beige*, que en esta ocasión sí era un criminal profesional, cambiaba totalmente de sentido. Mientras Archie Nolan me servía a mí de espantapájaros, el otro atacaría a los Freeman, provocando un asesinato. He dicho «un» asesinato y no «dos», señora Freeman, porque usted no iba a morir en aquel atentado, aunque lo pareciese.

—¿Cómo puede decir eso? —sollozó ella, mirándome angustiada—. Usted mismo vio cómo Broderick, el pistolero, disparaba sobre ambos, indiscriminadamente...

—No, señora Freeman. Broderick era un tipo que no fallaba fácilmente un blanco elegido. Si falló con su esposo es porque él se ocultó con mucha rapidez, y porque ya no tuvo otra ocasión de intentarlo, gracias a mi intervención. Pero la prueba está en el parabrisas de su coche, donde hay muchos impactos de bala centrados en el lado donde viaja su esposo, y en el suyo dos solamente, muy distantes, disparados sólo para disimular y darle su coartada, señora Freeman, ya que ninguna de esas balas le hubiera herido siquiera. Broderick, de haberlo querido, hubiese tirado de otro modo sobre usted, no procurando alejar los proyectiles de su cabeza.

—Ésa es una teoría absurda —cortó Scarpano airadamente—. ¿Cómo podría probar algo así, Shayne? Usted, un hombre perseguido, acusado de dos asesinatos... Nadie le creería jamás. Además, ¿qué ganábamos los dos con matar a Homer Freeman? Ya ve que nos vemos regularmente, a escondidas de él, sin necesidad de...

—Scarpano, no tiene usted tanto dinero como aparenta, y esta campaña le está costando muy cara. Y es usted uno de esos tipos que vuelven locas a las mujeres. La señora Freeman no es una excepción. Su marido es muy rico. Enviudando, todo pasaría a ser de ella. Y de usted, claro está. Ya le dije antes que los motivos de ese proyectado crimen no eran políticos, sino simplemente económicos. A usted no le importaría renunciar a toda posibilidad de elección, tras el escándalo que supondría la muerte de Homer

Freeman, siempre que a cambio de ello tuviera a Coreen Freeman y, sobre todo, su dinero. Valía la pena tirar una carrera política por la ventana, cuando había tantos millones a ganar fácilmente. Yo sería el testigo ideal para justificar la presencia de un asesino de traje *beige*. Luego usted se cuidaría de liquidar a Archie Nolan, tras huir Broderick de la escena del atentado, y fingir que el pobre diablo se había suicidado tras matar a Freeman. Yo me tragaría la píldora, confirmaría sus declaraciones, y asunto concluido.

—Está jugando a ser muy listo, pero demuestra ser bastante tonto, Shayne, al haber caído en una trampa mucho peor. ¿Por qué no se preocupa de resolver sus problemas, en vez de meterse en los ajenos? No va a poder demostrar nada de todo eso. Broderick está muerto, Nolan está muerto... y usted es un fuera de la ley, sospechoso de asesinato. No está en condicionen de hacer nada de nada.

—Lo cierto es que no contaron con que mi papel en el juego pasara de ser simplemente pasivo, a activo. Y menos, que impidiera el atentado, matando a Broderick antes de consumarse la muerte de Freeman, ¿no es cierto? —Reí—. Ahora, tal vez estuvieran planeando algo mejor, mientras hacían el amor en este nidito. Señora Freeman, la felicito. No es fácil engañar a un esposo saliendo por las noches de casa, sin ser vista.

—No es tan difícil —rió huecamente Scarpano—. Duermen en habitaciones separadas. No se ven durante la noche. Sus puertas están cerradas con llave. Es un matrimonio fracasado, Shayne. No puede reprocharle que busque amor en otro hombre.

—No le reprocho eso, sino hacerme cómplice de un crimen planeado minuciosamente. Ahora, me pregunto si matarían antes a Archie Nolan... y también a mi esposa.

—¿Está loco? —Se exasperó Scarpano—. Nolan se había escondido tras lo ocurrido, temeroso sin duda de que pudiera ocurrirle algo. No sabía nada de él, hasta que leí la noticia de su muerte. En cuanto a su esposa, no tenía nada contra ella. No podrá echarnos encima esos dos asesinatos.

—Pero alguien los cometería, ¿no?

—Es evidente: usted.

—Yo, no —negué rotundamente.

—Nadie va a creerle.

—Los mató El Fantasma.

Scarpano soltó una agria carcajada. De repente, poco a poco, se iba sobreponiendo y erigiéndose en el hombre fuerte, seguro de sí, que siempre era. Parecía darse cuenta de la debilidad de mis pruebas, prácticamente nulas, y sabía que era el triunfador contra un pobre detective privado perseguido por asesinato.

—Eso suena muy bien —dijo burlón—. Pero no va a convencerme de ello. Yo le contraté para que hallase a El Fantasma y no mentía al hacerlo. Hubiera sido un buen tanto a mi favor para esta campaña... Pero es evidente que El Fantasma apareció el pasado verano y desapareció de nuevo, sin volver a aparecer nunca más. Resulta muy fácil atribuirle unas muertes, por el simple hecho de que el criminal aplastó la cabeza a sus víctimas.

—En este caso, no sólo se le pueden atribuir. Es que él lo hizo. Lo sé.

—¿Lo sabe? —Me miró entre irónico y despectivo—. Muy bien. Pruébalo. Tráigame a El Fantasma en carne y hueso, y le creeré.

—Aquí estoy —dijo una voz fría a mi espalda.

Me volví rápidamente, mientras Coreen Freeman exhalaba un grito ronco, y Scarpano se volvía de pronto de un color ceniciento.

Un golpe seco en mi brazo me arrancó el arma y un grito de dolor. Un bastón con puño de plata maciza —un arma demoledora, en una mano lo bastante fuerte— me había martilleado el antebrazo con fuerza terrible.

El Fantasma se quedó mirando con frialdad a la pareja tendida en el lecho. Scarpano trató de alcanzar esta vez su chaqueta colgada en una silla. El Fantasma no sólo llevaba consigo el bastón.

Aquel personaje de largo impermeable negro, sombrero de fieltro de igual color, manos enguantadas y rostro cubierto por el paño negro, a guisa de máscara, con dos agujeros en sus ojos fulgurantes y crueles, extrajo su mano zurda del bolsillo del impermeable.

Empuñaba un arma automática, una pistola cuyo cañón se alargaba con el tubo negro de un silenciador.

¡Ploc!

El arma se disparó en su mano. Bastó un solo disparo.

Y Richard Scarpano se quedó quieto, con un agujero en mitad de la frente, los ojos dilatados, la boca convulsa, que ya nunca

sonreiría a sus posibles electores.

Coreen Freeman exhaló un largo, histérico grito de terror. El asesino enmascarado se limitó a reír huecamente.

—Lo siento, querida —dijo—. Ahora te toca a ti.

Y se movió hacia ella enarbolando su temible bastón, mientras su automática silenciosa me encañonaba a mí.

Coreen Freeman, en aquel instante de horror sin límites, había reconocido la voz del Fantasma. De su boca escapó otro grito desgarrador, al tiempo que pronunciaba un nombre:

—¡Eres tú! ¡Eres tú, Homer!...

—Sí —asintió él—. Soy yo. El Fantasma...

Y levantó el bastón sobre la cabeza de la mujer.

CAPÍTULO III

Iba a presenciar uno de los horribles crímenes de El Fantasma, el psicópata homicida. Y no podía hacer nada por evitarlo. Su pistola me encañonaba sin contemplaciones. Dispararía en cuanto me moviese.

Pero lo cierto es que también dispararía si no me movía. Ahora, yo sabía tanto como su propia esposa. El Fantasma era Homer Freeman, cosa que había empezado a adivinar poco antes, cuando supe ciertos detalles que, unidos a los que yo recordaba, completaban el siniestro *puzzle* sangriento.

Sabiendo quién era él, no me dejaría con vida para que lo revelase a nadie, eso era evidente.

De modo que intenté evitar la masacre. Me precipité sobre El Fantasma.

El disparó. Y me alcanzó.

Sentí la ardiente mordedura del proyectil silencioso en mi hombro. Caí hacia atrás, chocando contra el muro, y él se dispuso a rematarme con otro disparo. Coreen Freeman, desesperada, saltó en el lecho, sin importarle ahora la desnudez de su llamativo cuerpo, tratando de sujetar la mano armada del temible bastón asesino.

El la golpeó ferozmente, alcanzándola en la cabeza. Gritó ella roncamente y rodó por la cama, quedando inmóvil, de bruces, impúdicamente exhibidas al aire sus bien redondeadas nalgas.

El asesino loco intentó, simultáneamente, abrirle el cráneo como si fuese un fruto tropical, y disparar sobre mí, para rematarme.

En ese momento restalló una poderosa detonación, la que produce habitualmente un revólver reglamentario del calibre 38.

—¡Quieto, en nombre de la ley! —había gritado simultáneamente una voz, sin que el enmascarado Freeman intentara en ningún momento obedecer la orden.

Recibió el proyectil en el pecho. Cayó hacia atrás, rebotando en

la cama, y perdiendo su automática silenciosa y también su bastón, mientras un rugido de ira surgía de debajo del paño negro.

Rápidamente se llenó la estancia de policías, con el teniente Cook al frente. Satin entró con ellos, y se precipitó hacia mí, angustiada, arrodillándose a mi lado al verme con la gabardina ensangrentada.

—¡Duke! —gimió—. ¡Duke, estás herido!...

—No es gran cosa... —Gruñí, apretándome el boquete sangrante, le sonreí, animoso—. Buena chica, Satin. Llegasteis muy a tiempo... No pude evitar que ese demente matase a Scarpano, pero sí que hiciera lo mismo con su mujer...

—¿Su mujer? —jadeó Satin, asombrada—. Pero... entonces, ¿el asesino es...?

Asentí, mientras Cook y sus hombres difícilmente reducían a El Fantasma, pese a su herida. Tras la máscara había aparecido el rostro lívido y crispado de Homer Freeman, y nunca se vio más clara la locura en la faz de un ser humano que en aquel momento.

Lograron esposarle finalmente, mientras yo explicaba a Satin:

—Sí, querida. El Fantasma es Freeman, el candidato. Lo fue también el verano pasado.

—Pero... ¿cómo es posible...?

—Sufrió un accidente el pasado verano. Se le rompieron los frenos. Pudo ser un sabotaje o un accidente. Yo me inclino por esto último. Lo cierto es que salió malherido y sufrió un fuerte *shock* y una conmoción cerebral. Esto debió afectar su mente, convirtiéndole en una especie de esquizofrénico con doble, personalidad. Durante las noches calurosas del verano salía de su casa convertido en El Fantasma, y su locura le hacía matar a las mujeres con quienes se encontraba, tal vez haciendo realidad antiguos complejos de su niñez o el odio que sentía hacia las mujeres por no tener relación íntima alguna con su esposa, que le había dejado vivir solo en su hogar, sin relación entre ambos cuando sus alcobas se cerraban.

—Muy interesante —gruñó el teniente Cook, acercándose a mí y contemplándome, a la vez que ordenaba la urgente llamada a la ambulancia—. ¿Y cómo podía salir sin que nadie supiera nada, sin que su esposa sospechara la verdad?

—Precisamente por esa vida separada que hacían ambos durante

la noche. Eso me convenció, tras recordar su accidente precisamente en el verano pasado, de que él era El Fantasma.

—Pero hacía casi un año que había dejado de matar...

—En cuanto volvió el calor se reavivó en él su complejo homicida. Y volvió a ser el psicópata del año pasado. Eso, unido a la sospecha que ya sentía sobre su esposa y Scarpano, le hizo doblemente peligroso. Sabía que me había contratado a mí, y se dedicó a vigilarme durante las noches. Seguramente por ello aquella noche siguió a Gleason hasta la casa de mi mujer y, pensando perjudicarme, puesto que me consideraba cómplice de su mujer en todo ese juego, mató a Ivy. Después, controló o hizo controlar mi teléfono. Yo sospechaba de un control policial, pero no del asesino. Así debió saber que Nolan me citaba, se anticipó y le asesinó también, para inculparme, llamando luego a la policía. Esta noche, en cambio, debía ser a su esposa a quien vigilaba y, al descubrir este nido clandestino de sus amores, esperó pacientemente a que llegase su momento. Me dejó hacer a mí, e intervino él luego. Su afán de matar ya no conocía límites. Creo que su locura, con este nuevo *shock*, fue a más...

—Ya no hay que preocuparse por ello, Shayne. Está cazado, y aunque la herida es seria, creo que le salvaremos para que declare. De todos modos, eso te libra de toda sospecha. Lo que no sé es lo que haremos en Center City sin los dos candidatos...

—Ése será problema tuyo —suspiré—. Yo no pienso seguir mucho tiempo en esta ciudad.

—¿Qué dices, Duke? —me preguntó ella, mirándome con asombro.

—Mi querida Satin, hoy he visto que la ciudad es más oscura de lo que creíamos. Da náuseas a veces. Volveremos a Southtown o a Greenville. A la luz, al sol, al verdor, al aire puro y limpio.

—Duke... ¿Volveremos... los dos?

—Sí. Siempre que aceptes ser la señora Shayne —son reí, guiñándole un ojo.

—¡Oh, Duke, mi amor!...

Me rodeó con sus brazos. Pegó sus labios a los míos.

Y hasta la herida dejó de dolerme entonces.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

